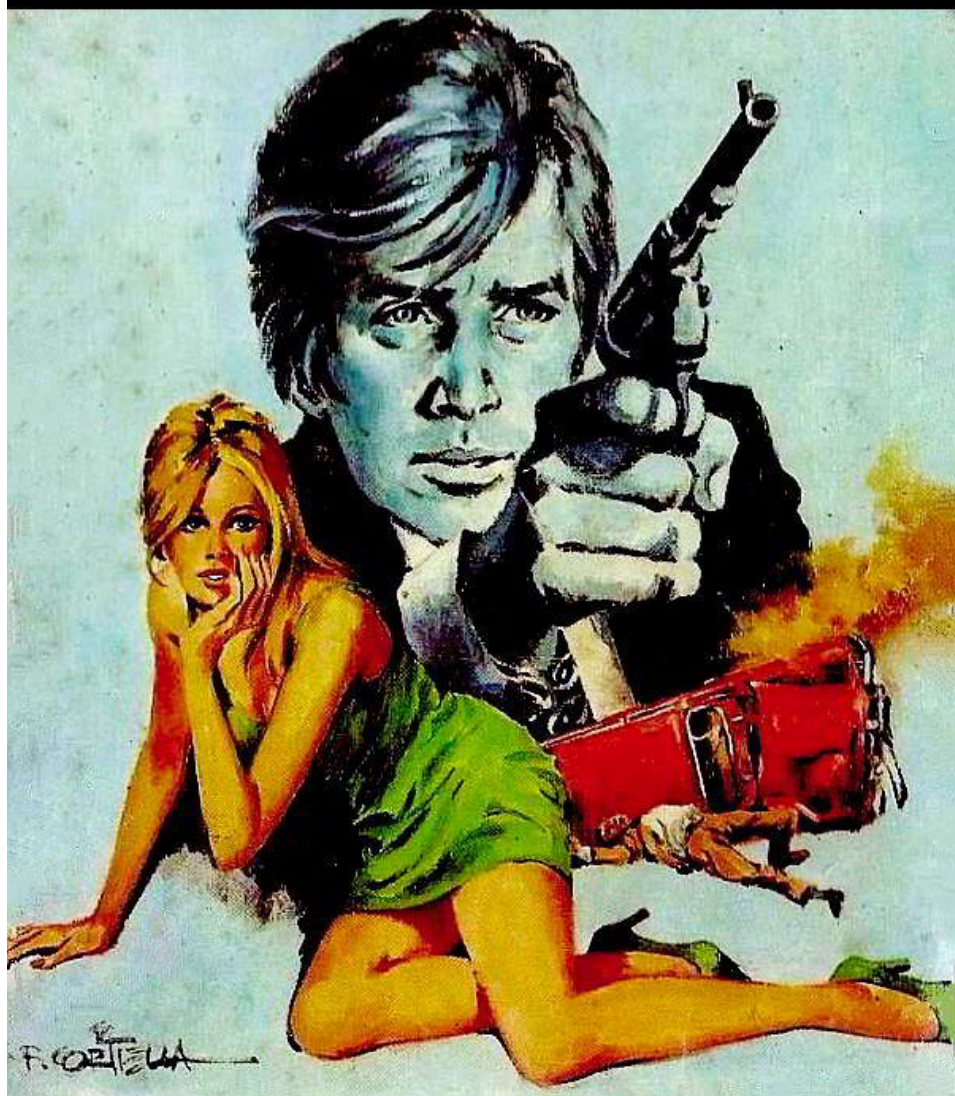


SERVICIO
SECRETO

SS

CHANTAJE AL MUNDO

Curtis Garland





Curtis Garland

Chantaje al mundo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1582

ePub r1.1

Lds 18.01.19

Título original: *Chantaje al mundo*

Curtis Garland, 1980

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Todo comenzó con un vulgar secuestro.

Vulgar, porque la moderna historia del mundo está llena, día tras día, de sucesos análogos en cualquier parte del planeta. Vulgar, porque los diarios, los boletines informativos de la radio y los telediaros de cualquier nación, acostumbran a llevar noticias así a todos los hogares día tras día.

Un acto de violencia en alguna parte, un avión o un buque secuestrado por un grupo de hombres armados, la agresión a una Embajada, sea del país que sea, el secuestro de una personalidad del mundo de los negocios o de la política. Todo forma parte de los tiempos actuales. Todo ello son piezas de un complejo rompecabezas hecho de atentados a todo lo que, hasta hace poco tiempo, era sagrado o inviolable en el mundo civilizado.

Esa subversión de valores, esa ruptura brusca de las más elementales normas de la convivencia internacional durante siglos ha venido a cambiar la faz de la Tierra, convirtiendo muchos de esos casos virtualmente cotidianos en auténticos pulsos con las grandes potencias o con estados menos importantes, pero formando parte, en todo caso, del concierto de las naciones y de sus acuerdos de mutuo respeto. Han llegado a ser verdaderas pruebas de fuerza entre un grupo de cualquier signo y un Estado legalmente constituido, cuando no son los propios Estados quienes llegan al punto de incidir en los mismos métodos, con razón o sin ella, pero siempre quebrantando unas reglas de juego respetadas hasta ahora escrupulosamente por todos y cada uno de los elementos que forman el mosaico mundial.

En suma, se vive ya en permanente zozobra, en constante incertidumbre. Se piensa siempre dónde saltará la chispa que, tal

vez, si Dios no lo remedia, desemboque cualquier día en un verdadero caos que nos alcance a todos.

Eso puede suceder en cualquier momento. Depende de los límites que se vayan ampliando en torno a esas acciones desesperadas y violentas. Depende de la resistencia de los nervios y serenidad del golpeado por uno de los hechos que vivimos día tras día en los informativos.

Y puede suceder que aquello que empieza como tantas otras veces comenzó y que, por ello mismo, se va convirtiendo ya en simple rutina ante nuestros ojos cansados y escépticos, cobre de pronto una importancia insospechada. Y se convierta en un auténtico desafío al mundo entero.

En un chantaje dirigido a toda la Humanidad, aun sin proponérselo los autores del hecho, y que desencadene una serie de factores imprevisibles, directamente enfilados a un posible holocausto.

Incluso puede suceder que un acontecimiento no previsto por secuestradores, secuestrados y coaccionados, se mezcle trágicamente en la situación, haciéndola todavía más difícil y explosiva.

Entonces, cuando ni unos ni otros controlen ya la situación, cuando ésta escape de las manos de cuantos están implicados directa o indirectamente en ella... ¿qué sucederá?

Esta de aquí puede ser una respuesta al interrogante. Sólo *puede* serlo, no significa que lo sea, ni tan siquiera que lo pretenda.

Se trata solamente de una ficción sobre algo que comenzó como tantas otras veces comenzaron hechos similares. Con un simple secuestro.

Y terminó con un escalofriante chantaje al mundo.

Pero también con una nota de horror que nadie había previsto...

* * *

El vuelo transcurría sin ninguna novedad digna de mención.

Era un vuelo rutinario, sin nada notable que pareciese alterarlo. El cielo estaba despejado, aunque se anunciaban posibles tormentas en las Azores, a causa de una poderosa borrasca procedente del norte, pero esa previsión meteorológica estaba aún lejos de ser una

realidad y el gigantesco Boeing 707 de la compañía internacional norteamericana, permanecía en ruta sin alteraciones, emitiendo el monótono zumbido de sus motores, que hacía dormitar a los ocupantes en sus asientos.

—Creo que tendremos un viaje muy apacible, a pesar de la importancia de algunos de nuestros pasajeros —comentó con humorismo el copiloto.

El comandante de vuelo sonrió, asintiendo, y tomó un sorbo de café, sin abandonar el control de la nave en su vuelo sobre el tranquilo, espejeante océano, en el que la sombra del reactor era como una insignificante mota de color oscuro, deslizándose sobre las aguas.

—Sí, pienso lo mismo —admitió—. Y eso que, en principio, no me gustó nada contar a bordo con personas tan destacadas.

—A veces no deja de ser una ventaja —señaló su compañero, dominando un bostezo—. Eso hace que las autoridades extremen sus precauciones y que los viajeros que completan el pasaje sean escrupulosamente revisados y examinados antes de aceptárseles a bordo.

—Los terroristas siempre saben burlar esos controles —objetó el comandante, pensativo—. Cuanto más importante es la presa, más especializados suelen ser los encargados de formar un comando de acción. Y, por tanto, resulta también más difícil descubrirlos a tiempo. Hoy en día, tienen métodos muy sofisticados para filtrarse en cualquier parte.

—Dios no quiera que sea ese nuestro caso —comentó el copiloto irónicamente, dirigiendo una ojeada distraída a las nubecillas blancas, leves y vaporosas, que iban quedando atrás, después de rozar tímidamente las majestuosas alas plateadas del aparato—. Estoy deseando llegar a destino. Me espera una chica sensacional.

—¿Otra vez con ésas? —rió su compañero de buena gana—. Es usted incorregible, Treadwell.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, señor, si surgen las ocasiones a mi paso? —se lamentó cómicamente el oficial Treadwell.

—Sí, claro —había sarcasmo en la voz del comandante—. Suele ocurrirles a los que son irresistibles; lo admito.

El oficial Treadwell arrugó el ceño, contemplando a su superior y compañero con aire dubitativo, seguro de que estaba burlándose

de él. Luego se encogió de hombros y contempló el mar a sus pies, mientras comentaba:

—La verdad es que la chica no es precisamente Raquel Welsh, pero no está nada mal, señor. ¿Y qué otra cosa hay mejor que pasar el rato con una mujer a quien uno le cae bien?

—Por supuesto, Treadwell, no tiene que justificarse. Comprendo muy bien lo que siente. Yo también he sido soltero, aunque no lo crea, y he conocido esa clase de asuntillos cuando empezaba a volar con un cacharro infinitamente más pequeño y torpe que éste. De verdad, amigo mío: lo mejor, incluso para olvidar un mal vuelo, es una chica atractiva y cariñosa, lo sé por experiencia. Pero nunca se le ocurra comentárselo a mi esposa. A ellas siempre les gusta pensar que han sido las primeras, aunque sepan que eso no es cierto.

Ambos hombres rieron de buena gana. El vuelo prosiguió rutinaria, aburridamente. Allá en los asientos destinados al pasaje, contrastaba la parte destinada a segunda clase, repleta de viajeros, con los escasos ocupantes de la primera clase, virtualmente vacía, a excepción de una media docena de personas, dispersas en los azules y confortables asientos de la sección.

Ésos eran los viajeros que preocupaban a Treadwell, el oficial piloto. Porque todos ellos eran importantes. Lo suficiente importantes como para que la compañía de navegación aérea hubiese destinado la totalidad de los asientos de primera clase exclusivamente para ellos.

Quizá por ello, cuando la paz y sosiego del vuelo, aparentemente aburrido, se rompió dramáticamente, Treadwell fue posiblemente el menos sorprendido de todos. Era como si su presentimiento inicial se cumpliera fatalmente.

Lo supo cuando, a espaldas suyas y del comandante McCaine, una voz fría, áspera y desgarrada, les amenazó incisiva:

—¡Sigan el vuelo sin alteraciones y no intenten nada, o serán hombres muertos!

Al mismo tiempo, un frío cilindro metálico se clavó en la nuca de cada uno de los pilotos, de modo significativo, apoyando las palabras pronunciadas por el asaltante, al tiempo que otra voz, ronca y ceceante, aclaraba de forma obvia:

—Esto es un secuestro, señores. Será mejor para ustedes que colaboren, llevando las cosas como hasta ahora. Uno de nuestros

hombres sabe tripular un avión, y no nos importaría volarles la cabeza de una ráfaga si nos obligan a ello.

Estaba ocurriendo lo temido. El oficial Treadwell supo que, posiblemente, su chica tendría que esperarle más de la cuenta en tierra firme. Eran víctimas de un secuestro. Uno más en la larga historia de hechos similares. No sabía quiénes era sus asaltantes ni le importaba. Se expresaban en correcto inglés, pero podían ser de cualquier parte y cualquier ideología. Eso era lo de menos.

Lo importante para él, para su compañero McCaine y para los ocupantes del aparato, era que estaban en manos de unos hombres capaces de todo con tal de llevar a cabo sus propósitos.

Y desde un principio estuvo seguro que esos propósitos incluían a los escasos y selectos pasajeros de la primera clase...

* * *

—¿Está seguro de lo que dice?

—Absolutamente seguro, señor. El vuelo 411 entre Nueva York y París ha sido interceptado. No hay noticias del Boeing que lo cubría. Nadie responde en la radio ni hay señales de su ruta. Ésta ha sido alterada, sin duda alguna, con rumbo desconocido.

—¡No es posible! —El hombre grueso y calvo se enjugó el sudor que bañaba su frente con aire nervioso—. Se tomaron todas las precauciones... No podía haber a bordo nadie capaz de secuestrar ese avión...

—Pues, por el momento, todas las sospechas de la aviación civil se inclinan en ese sentido. No hay otra explicación para el hecho, señor.

—Dios mío... —jadeó—. Con esas personas a bordo... No pueden atreverse a tanto...

—Pues lo han hecho, señor, sin duda alguna. De otro modo, la radio de a bordo transmitiría, o el avión hubiera sido avistado.

—Puede haberse producido lo peor: acaso un accidente...

—No es plausible. La radio funcionaba normalmente hasta unos minutos antes de producirse el silencio total. El vuelo se realizaba sin novedad, el tiempo es excelente en esa zona, y hay numerosos barcos que vieron pasar el reactor a la hora exacta de su vuelo por el punto preciso. Luego, repentinamente, se evaporó antes de que

podiera avistarlo una flota pesquera que faena en esas aguas, y que aseguran haber visto a distancia un avión que, bruscamente, giraba hacia el norte, desviándose de su trayectoria inicial.

—Hacia el norte... ¿Han buscado en esa dirección?

—Están buscando, señor. Escuadrillas de reconocimiento y embarcaciones rápidas. No han visto nada por el momento. Pero tampoco la menor huella de un accidente.

—Entiendo. Téngame al corriente de cuanto suceda. Yo voy a establecer contacto con las Naciones Unidas.

—Bien, señor. Le informaré puntualmente de todo —dijo el otro, ausentándose del amplio y suntuoso despacho donde el hombre grueso y calvo se encaminó resoplando a un teléfono especial, limpiándose nuevamente el sudor que brillaba sobre su redonda faz angustiada.

Lo descolgó, pidiendo una comunicación inmediata a la telefonista encargada de su línea estrictamente confidencial. Tras unos instantes de espera, logró oír al otro extremo del hilo una voz suave, apacible y autoritaria a la vez:

—Línea especial 001. Habla personalmente el presidente. ¿Quién llama?

—Habla Kirkwood, señor —se explicó el hombre grueso con tono grave—. Hay complicaciones graves con el vuelo 411.

—Le escucho. ¿Qué clase de complicaciones? —La voz seguía siendo tranquila, pero se advertía en ella una repentina nota de inquietud.

—Las peores, señor. Secuestro, posiblemente.

—Informe concretamente, Kirkwood.

—Ha desaparecido el avión. Se está rastreando la zona. Hay testigos que la vieron volar hasta un determinado punto. Es un área con muchos pesqueros y embarcaciones en ruta. Nadie, sin embargo, ha visto caer avión alguno al Atlántico, señor. La radio interrumpió todo contacto. No se puede comunicar con ellos.

—Entiendo. ¿Han sido informados todos los puntos de alerta estratégica?

—Todos, señor. Se les busca con radar y otros medios. Voy a informar a la ONU. Pero antes he querido hacerlo directamente a usted, señor.

—Muy bien. Recorra a todos los medios. Ese avión debe

aparecer sano y salvo, usted lo sabe. Es muy importante para nosotros. Y para el mundo.

—Lo sé, señor.

—¿No llevaba escolta?

—La convenida. Dos aviones de combate precedían su vuelo. Otros dos seguían al avión de línea regular a prudencial distancia. Se han reunido todos ellos. No han visto el menor rastro del aparato ni han captado aviso alguno de emergencia.

—Esto es muy grave para todos, Kirkwood.

—Lo sé muy bien. Supongo que, de un momento a otro, cierto gobierno va a comunicar con nosotros para conocer detalles de ese vuelo...

—Procure saber algo para entonces. De todos modos, muéstrese sereno con ellos, y no dé informe concreto alguno. Yo voy a intervenir en ello de modo personal ahora mismo. Alerte al Pentágono y a la CIA.

—Sí, señor. Tiene prioridad absoluta sobre cualquier otro asunto pendiente; así voy a notificarlo.

—Hágalo enseguida. Y téngame informado. Suerte, Kirkwood. Y recuerde: no pierda el control de sí mismo. Ahora, más que nunca, va a hacernos falta toda nuestra capacidad de trabajo y todos nuestros nervios.

—Creo que sí, señor. Le informaré en cuanto sepa algo.

Colgó. Su siguiente llamada fue a las Naciones Unidas. Directamente al despacho del secretario general. Kirkwood informó escuetamente de cuanto sucedía. La agitación del político internacional fue evidente.

—Dios mío —le oyó decir por el hilo telefónico—. Esto puede hundir todo nuestro plan en los países árabes y en Oriente Medio...

—Por eso le llamo, señor —jadeó Kirkwood—. El señor presidente está ya informado. Todos los mecanismos se han puesto en marcha para saber lo ocurrido.

—Es preciso mantener el secreto el mayor tiempo posible, pretextar cualquier avería a bordo, si es necesario. Y por el amor de Dios, Kirkwood, hagan cuanto esté en su mano para encontrar ese avión. Sabe usted que es vital para el futuro del mundo entero...

—No puedo olvidarlo fácilmente, señor —asintió Kirkwood, cuyo rostro era ahora una verdadera máscara, pálida y grasienta,

rezumando sudor por todos sus poros—. ¡Maldita sea, tenemos que saber algo de ese avión lo antes posible...!

Cuando colgó, cayó en una butaca, resoplando. Hizo varias llamadas más, todas ellas de la máxima emergencia, a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, a la CIA y al propio Pentágono. Luego, enjugándose el sudor por enésima vez, se sentó ante su mesa de trabajo, disponiéndose a esperar el resultado de todas las maniobras iniciadas para dar con el paradero del Boeing desaparecido.

Cosa de tres horas más tarde, una buena noticia le llegaba por el teléfono:

—¡El avión del vuelo
411 ha
aparecido sano y salvo, señor!

Kirkwood pegó un salto en su asiento, aferrando el teléfono como si fuese a triturarlo entre sus gordezuelos dedos.

—¡Oh, cielos, no es posible! —gimió—. ¿Están todos a salvo también?

—A bordo no hay nadie enfermo, herido ni muerto. Todos los ocupantes hallados gozan de perfecta salud, señor.

—¡Dios sea loado...! ¿Qué sucedió exactamente con ese avión? ¿Dónde está ahora?

—Ha aparecido en una isla del Atlántico Norte, tras un aterrizaje forzoso en un claro bastante amplio. Pese a ello, ha sufrido desperfectos en un ala y en el tren de aterrizaje...

—Eso carece de importancia. Envíen inmediatamente otro avión, uno militar de transporte, en esta ocasión, para hacerse cargo de los pasajeros de primera clase...

—Es que... eso es lo que me faltaba por informarle, señor.

—¿Informarme? —Una repentina aprensión, un raro desasosiego se apoderó del obeso y sudoroso Kirkwood—. ¿Qué... qué ha querido decir con eso?

—Verá, señor... —La voz informante vaciló, antes de proseguir resueltamente—: Todos los que se encuentran a bordo del aparato están sanos y salvos. Pero no *todos* los pasajeros que abandonaron los Estados Unidos se hallan ahora en ese avión...

—¡Termine de una vez! —bramó Kirkwood—. ¿Qué es lo que sucede?

—Los siete pasajeros de primera clase, exactamente, faltan a

bordo, junto con el comandante de vuelo, Paul McCaine. Estas ocho personas fueron retenidas por los secuestradores del avión, y conducidos a destino desconocido, según nos ha informado el oficial de a bordo, copiloto James Treadwell que, por cierto, tiene en su poder un sobre cerrado, dirigido exclusivamente al presidente de los Estados Unidos... Al parecer, esas ocho personas siguen en poder de los secuestradores. Y su vida corre peligro inminente, señor.

CAPÍTULO II

¡Peligro inminente! —El presidente leyó de nuevo el mensaje que acababan de entregarle, con expresión sombría—. Dios mío, y tan inminente...

Miró en silencio al oficial de aviación civil, James Treadwell, traído directamente a su presencia desde una isla del Atlántico Norte para hacerle entrega de la misiva y relatarle lo sucedido a bordo desde el momento mismo en que el asalto de los secuestradores se produjo en pleno vuelo.

Treadwell aparecía sereno, pero pálido y con expresión preocupada. Miraba de soslayo al primer mandatario de los Estados Unidos, mientras éste paseaba arriba y abajo de su amplio despacho de la Casa Blanca, leyendo una y otra vez el texto que los secuestradores del aire dejaron en manos del piloto segundo del Boeing desaparecido.

—Por favor, señor Treadwell, ¿quiere relatarme concretamente lo que ocurrió a bordo? —preguntó al fin el presidente, serenándose poco a poco.

—Naturalmente, señor —asintió el joven piloto tragando saliva—. Todo fue muy rápido y confuso. Supimos enseguida que no había posibilidad de avisar a los aviones de escolta, porque ellos cerraron la radio y nos hicieron desviar bruscamente, primero hacia el sudeste, y luego hacia el nordeste, para terminar volando en dirección norte, fuera de las rutas habituales. Se nos aseguró que nada iba a sucedernos si colaborábamos, y así ocurrió. Ellos, al parecer, sólo tenían interés en determinadas personas, no en todo el pasaje del avión. Enseguida comprendí que se referían al pasaje de primera clase en su totalidad.

—¿Pensaban hacer daño a alguno de ellos en esos momentos?

—Si no había violencias a bordo, no. Se limitaban a quedarse con ellos y con el comandante McCaine. Pronto supe la razón de esto último: su idea era hacer saltar con paracaídas, en un determinado punto del Atlántico, a los pasajeros elegidos, uno por uno, junto con el comandante. Allí, parece ser que una embarcación dispuesta al efecto, recogería a todos ellos, puesto que saltarían con botes neumáticos hinchables, y serían llevados a lugar desconocido para, más tarde, en un avión de su propiedad, hacer el definitivo traslado a sitio seguro. Eso deduje de su conversación, y comprendí qué es lo que iban a hacer.

—¿Lo hicieron así?

—Sí, señor. A cierta distancia de los islotes donde yo debía intentar tomar tierra para salvar a la tripulación, ya que nuestra reserva de combustible se iba reduciendo peligrosamente, a causa de las alteraciones en el vuelo para burlar a los perseguidores que fuesen en nuestra busca, se procedió al lanzamiento de los siete rehenes y del comandante McCaine. Les vi caer en el mar y subir a las balsas neumáticas sin problemas. Comprobé que ni uno sólo fallaba en su lanzamiento; por tanto todos salieron con vida de la prueba. La embarcación apareció pronto: tenía el aspecto de un pesquero vulgar, pero sus motores eran muy potentes. Izaron a bordo a todos ellos, junto con nuestros captores, que eran cuatro, tres hombres y una mujer. Y el supuesto pesquero se alejó con ellos en dirección norte, aunque supongo que luego alterarían la ruta de nuevo para no ser capturados, cuando yo pudiese informar a ustedes de lo sucedido. Ganaron todo el tiempo posible, destrozaron mi radio de a bordo para que no pudiese solicitar ayuda hasta ser descubiertos, localizados por alguna patrulla aérea. Tomé tierra con dificultades, pero logré salvar el avión y, sobre todo, a los ocupantes que aún permanecían a bordo. Eso es todo, señor.

—Bien, Treadwell, hágame ahora de ellos, de los secuestradores. ¿Qué clase de personas son?

—Me parecieron terroristas vulgares. No muy violentos, pero decididos a todo si encontraban resistencia de algún tipo. En especial uno de ellos, al que otro llamó «Mike», me pareció particularmente cruel y capaz de cualquier cosa si se le daba ocupación. La chica tenía aspecto de ser latina: pelo negro, rizado, cuerpo opulento, de piel morena y, si me permite el dato, señor, con

unos senos muy grandes, libres de todo sujetador bajo el suéter.

El presidente sonrió, divertido a pesar suyo, relajando un poco la gravedad de su gesto, y asintió.

—Sí, claro que se lo permito, Treadwell. No deja de ser un dato más. ¿En qué lengua hablaban entre sí?

—En inglés, señor.

—¿Cree que eran de alguna raza especial? ¿Árabes, judíos, latinos...?

—Nada especial. Uno de ellos era muy rubio y vigoroso. Hablaban un inglés algo duro, como si fuese alemán. Los demás usaban un inglés normal. Podían ser norteamericanos, canadienses o ingleses, no sé. Salvo la chica, claro, que quizá fuese latinoamericana o española, no puedo estar seguro de eso. Su inglés, de todos modos, era bueno.

—¿Políticamente se definieron de alguna forma?

—No. No mencionaron nada, Sólo explicaron que ellos eran un comando especial del grupo denominado «Quince de Abril». Quizá eso tenga algún sentido, señor. Pero lo ignoro.

—¿«Quince de Abril»? —El presidente arrugó el ceño y cambió una mirada con su asesor en asuntos internacionales—. ¿Es una fecha concreta que usted sepa, Goldberg?

—No, señor —negó su asesor, tras breve meditación—. Es una fecha totalmente desconocida para mí. No se relaciona con suceso alguno especial en el mundo, del signo que sea. Pero me permito recordarle que estamos precisamente a finales de marzo, señor.

—Cierto —el presidente se mordió el labio inferior—. Puede ser algo que *aún no* ha ocurrido.

—Exacto, señor.

—Y más lógicamente aún, teniendo en cuenta esta carta —agitó el papel con expresión sombría—. Gracias por todo, señor Treadwell. Puede retirarse. Ya le llamaré de nuevo, si es necesario. Permanezca todavía en Washington, por favor.

—Lo que usted ordene, señor —saludó respetuoso Treadwell, y se ausentó.

Los dos hombres se quedaron solos. El presidente miró a su asesor Goldberg. Y, de pronto, le espetó una sola frase:

—Piden cien millones de dólares de rescate —dijo sordamente—. En oro. O matarán uno a uno a sus rehenes. El plazo para

contestar finaliza pasado mañana, día uno de abril...

* * *

—Cien millones... Eso es una locura.

—Es lo que dice usted, amigo —rió el hombre del poderoso fusil ametrallador—. Pero pagarán.

—Nadie vale tanto —objetó otra voz del grupo—. Es un rescate imposible.

—Más les valdrá a ustedes que sea *posible* —terció el individuo del gorro de lana a rayas negras y rojas, acercándose a ellos—. Porque, en caso contrario, irán siendo eliminados uno a uno y sus cadáveres enviados en paquetes adecuados...

Los siete personajes agrupados en la sala se miraron entre sí, en un silencio significativo, erizado de temores y recelos. Eran dos mujeres y cinco hombres. Todos ellos habían sido arrancados a la fuerza de sus confortables asientos del Boeing 707, enfrentados a los amenazadores cañones de dos poderosos fusiles ametralladores, capaces de barrerles en un instante, una «*Parabellum*» y un sencillo revólver de calibre 32, éste en manos de la única mujer componente del grupo de secuestradores.

—No tiene sentido lo que hacen —protestó una de las dos mujeres que formaban parte de los rehenes—. Ninguno valemos aquí ni la centésima parte de esa suma.

—Eso es lo que usted dice, señorita —replicó vivamente el del fusil en ristre con aspereza—. Pero recuerde que, si hemos arriesgado la vida en este juego, es por algo. Desde un principio supimos que hay entre ustedes alguien que no es lo que aparenta. Y que por sí solo vale esos cien millones o más. ¿Cree que está hablando con un puñado de chiflados, acaso?

Janis Munro, famosa periodista colaboradora de las revistas «Star» y «Orld», las de más lectores de todo el mundo, así como de reportajes de actualidad en las cadenas de televisión más poderosas de los Estados Unidos, permaneció callada, encogiéndose de hombros, mientras escribía apuntes en un bloc con un bolígrafo negro.

La única mujer del grupo terrorista se acercó a ella. Tenía la tez bronceada, los ojos oscuros, pelo rizado, peinado al estilo afro, y

unos enormes globos por pechos, palpitando y moviéndose libremente bajo el tejido de un suéter de color amarillo limón, con el rostro de una famosa cantante de moda.

—Mira, querida, es inútil que disimuléis todos —habló con voz burlona, cimbreado sus poderosas caderas al andar—. Sabemos que el coronel Colin Webster es un importante militar del Pentágono, relacionado con el aparato estratégico americano en el golfo Pérsico y en mar Árabe. Que el señor Johan Van Dyke es un alto funcionario de las Naciones Unidas, así como que el profesor Dave Kellerman es miembro de la Organización Mundial de la Salud en su programa de erradicación de enfermedades epidémicas en ciertas zonas de Asia. Que el señor Neil Hickory es un político importante en los Estados Unidos, de la categoría de un Henry Kissinger en otros tiempos, y que tu compañera, Lona Lamont, es una actriz de cine y televisión con suficiente fama y categoría como para viajar con vosotros en ese avión, en la misma clase especial reservada a tan importantes viajeros. Llegamos así, finalmente, a ti misma, que eres una gran periodista, especializada solamente en grandes noticias y personajes de primera fila, y a ese guapo caballero que asegura ser novelista pero que, sorprendentemente, iba armado hasta los dientes en su viaje junto al último miembro de vuestro grupo, ese caballero árabe que asegura llamarse Ahmed Nassim y ser presidente de un consorcio petrolífero de un país árabe del golfo Pérsico.

—Y ésa es la verdad —replicó vivamente el hombre alto, arrogante y atlético, de revuelto cabello castaño y fríos ojos grises, aludido momentos antes por la muchacha del comando secuestrador—. Yo soy Frank Bradford, escritor y amigo personal del señor Ahmed Nassim, pero viajo por muchos lugares peligrosos y acostumbro a ir bien armado...

—¡Mientes! —le espetó ella con fiereza, adelantando su busto de tal modo que sus enormes pechos parecieron a punto de reventar—. ¡Tú eres Frank Bradford, sí, pero tu tarea no es la de escribir libros, sino la de servir de guardaespaldas y protector a tu jefe, ese falso Ahmed Nassim... que no es otro que Yusef Ben Sakkar, presidente del nuevo Gobierno fuerte de un país clave en la situación actual de Asia!

La acusación de la joven y opulenta terrorista pareció sacudir a

todos como una poderosa descarga eléctrica. Pensativo, el joven Bradford miró de reojo a su vecino, el alto, delgado y majestuoso árabe de tez oscura, nariz afilada y ojos negros profundos.

Éste hizo un gesto negligente con su mano y miró sonriendo a sus secuestrados.

—Es inútil que finjamos, Bradford —dijo al joven—. Parece ser que ellos están muy bien informados, después de todo...

* * *

—De modo que es usted un mercenario, Bradford...

—¿Algún reproche por ello, señorita Munro? —preguntó vivamente el joven, mirando pensativo a la periodista.

—No, no, nada —la rubia muchacha se encogió de hombros—. Sólo que no podía imaginarle como un mercenario, como a sueldo. No tiene aspecto de ello. Y le aseguro que conocí a muchos mercenarios en Vietnam y en Africa.

—Nunca me he parado a pensar cómo son los demás. Me preocupo exclusivamente de mí mismo.

—Y de la persona que le paga, naturalmente.

—Naturalmente —sonrió él, con cierto cinismo.

—Su actual patrón debe ser muy generoso con usted.

—Mucho. Es dinero lo que les sobra en su país. Es un hombre que sabe valorar a quien le sirve bien. Lástima que esta vez no estuviese yo a la altura de las circunstancias...

—Nadie podía hacer nada. El ataque fue demasiado por sorpresa... No debe lamentarse por ello. Supongo que Yusef Ben Sakkar contrata solamente hombres, no superhombres, por mucho oro que ponga en sus bolsillos.

—Sí, pero mi trabajo consiste precisamente en eso, en protegerle a él de cualquier riesgo. Ahora, nadie puede ayudarle. Todos estamos en manos de esa gente.

—¿Cree que nos matarán?

—No sé. Depende de la respuesta de los Estados Unidos. —Bradford sacudió la cabeza—. Cien millones en oro es demasiado dinero por un puñado de vidas humanas.

—Recuerde que sólo la vida de su patrón vale mucho más. Si él muere, volverá a haber convulsiones trágicas en los países del

Islam. Y sus consecuencias podrían ser fatales para América y para el mundo. Después de todo, Ben Sakkar es la solución que a todos complace. Su muerte provocaría un volcán en plena erupción en esa zona del mundo.

—Ahora debemos preocuparnos por nosotros mismos, no por lo que pueda suceder en el mundo cuando todos estemos muertos —le recordó secamente Bradford.

—Todavía hay tiempo para esperar una respuesta afirmativa desde Washington —ella señaló el receptor de radio que funcionaba sobre el mueble, en el vasto recinto donde se hallaban reunidos todos los rehenes—. Mañana vence el plazo...

Bradford asintió. Su rostro viril, enérgico y anguloso, reflejaba preocupación. Sabía, como ella, que los secuestradores esperaban una determinada emisión especial, a través de una emisora de radio norteamericana, conectada en determinada longitud de onda, que debería enviarles el mensaje de respuesta del presidente.

Si la respuesta era exacta «Los boletines meteorológicos anuncian tiempo variable en el atlántico Norte para el mes de abril», significaría que los Estados Unidos aceptaban la suma de rescate, esperando las condiciones y las instrucciones exactas para su pago.

Si la respuesta era negativa transcurría el día treinta y uno de marzo sin ese boletín de radio, significaría que los secuestradores iban a poder iniciar su masacre sobre los rehenes.

—Las ventajas están de su lado —comentó Bradford, tras un silencio—. Saben que hay gente importante en nuestro grupo. Demasiado importante para permitir que todos mueran, estúpidamente sacrificados por un puñado de rufianes.

—No parecen idealistas de ningún tipo de ideología política, ¿verdad? —apuntó Janis Munro.

—No, no lo parecen. Su único afán es, por lo que veo, obtener un rescate jugoso. Si yo soy un mercenario, no me diferencio demasiado de ese rubio alemán que forma parte de su grupo, el que lleva la *«Parabellum»*.

—¿Klauff? —preguntó Janis, mirando de reojo al vigoroso teutón de pelo rubio cortado a cepillo, que paseaba junto a la puerta del recinto donde les tenían encerrados—. Sí, eso me pareció. Pero los otros pueden querer el dinero para algún ideal

político determinado, ¿no ha pensado en ello?

—Es posible. Sin embargo, sólo ese tipo del gorro de lana parece moverse por alguna razón ideológica, acaso un fanatismo político concreto, no sé. El otro, Mike, sólo parece gozar viéndonos sufrir y sentir miedo. Me inquieta ese hombre. Juraría que es un perfecto sádico. En cuanto a la muchacha... lo mismo puede ser una fanática de algo que una simple prostituta ávida de dinero. Y de sexo, claro está.

—Sexo... —meditó Janis entre dientes, mirando curiosa a la opulenta figura de la muchacha de aspecto latino—. Usted podría intentarlo para ganársela a su favor...

—Ya veo sus intenciones —rió Bradford—. Quiere que la seduzcan, ¿no? Hace falta saber si ella querría, si soy su tipo... Con cien millones a la vista, ella puede pensar que le sobrarán toda clase de hombres cuando reciba su parte.

—De todos modos, podría intentarse, ¿no cree?

—Ella es solamente una mujer. Hay tres hombres con ella. Y me parecen los más peligrosos. No creo que ganásemos mucho intentando manejarla.

—Pero algo hay que hacer...

—Sólo esperar —suspiró Bradford—. Es lo más prudente.

—¿Tiene miedo, acaso? Creí que un profesional estaba por encima de esas cosas —manifestó ella, con tono despectivo.

—Un profesional cobra por lo que hace, cuando puede hacerlo. Cuando no, debe intentar, ante todo, salvar su pellejo.

—Creí que era otra clase de hombre —se irritó ella, incorporándose—. Empiezo a pensar que es despreciable.

Y se alejó, sin darle tiempo a responder. Frank Bradford se encogió de hombros con una cínica sonrisa y paseó por la amplia nave donde estaban todos encerrados. Al aproximarse demasiado a una ventana cegada con los postigos y una gruesa cortina de paño oscuro, el rubio Klauff le cerró el paso, plantándole delante del rostro su pistola «*Parabellum*».

—Quieto, amigo —avisó, sibilante, con su duro tono que convertía la lengua inglesa en particularmente áspera—. No trate de curiosear demasiado. Podría encontrarse de repente con una desagradable corriente de aire en su cerebro. Sería por culpa del agujero de entrada y salida de una bala, ¿entiende?

—No soy tonto —suspiró Bradford, evitando acercarse más a la ventana—. De todos modos, no es mucho lo que se puede ver por ahí.

—Por si acaso, amigo.

—Nos desembarcaron de aquel pesquero con caperuzas cegadas sobre la cabeza —recordó Bradford, apoyándose indolente en una columna, junto al almacén—. ¿Por qué ese interés en que ignoremos nuestro emplazamiento actual?

—Hay razones para ello. No pregunte demasiado de todos modos. La curiosidad no es buena aquí, se lo advierto.

—Lo tendré en cuenta —admitió Bradford, afirmando con la cabeza. Miró en torno, pensativo—. De todos modos, diría que esto es un almacén o una factoría, por el aspecto de lo que nos rodea.

—Quizá —se encogió de hombros Klauff, riendo—. ¿Le gustan las adivinanzas?

—No. Me gusta saber lo que ocurre alrededor mío y conocer el sitio donde estoy. Imagino que éste será un lugar seguro, donde nadie puede encontrarnos fácilmente.

—Imagina bien. Sabemos hacer las cosas, amigo. Sobre todo, cuando cien millones en oro están en juego.

—¿Es el dinero lo único que le importa?

—Lo único, sí —le miró fríamente el alemán, con sus azules ojos inexpresivos—. ¿A usted no? Creí que éramos en cierto modo colegas.

—¿Mercenarios?

—Llámelo como quiera —se encogió de hombros el teutón—. Acostumbro a conocer a los que son como yo.

—Sí, creo que empiezo a pensar igual. Sólo que estamos en distinto bando.

—Así es. Yo formo parte de los ganadores.

—Eso nunca se sabe. Hasta el final, no acaba definitivamente la partida.

—Ésta ya está decidida —se irritó Klauff—. No tenéis escapatoria si no pagan por vuestro pellejo. Y pagarán. Ése árabe vale demasiado, ¿no es cierto? Usted debe saberlo bien, puesto que trabaja para él.

—Sé lo suficiente de él como para asegurarle que, si se pusiera de su parte y nos ayudara a salir de aquí sanos y salvos, los

veinticinco millones de dólares que le corresponden por este golpe podrían duplicarse o triplicarse sin esfuerzo. Mi jefe no se detendría ante una recompensa así, a cambio de su libertad.

—Pierde el tiempo si pretende sobornarme, amigo —gruñó Klauff, sacudiendo negativamente su rubia cabeza—. Veinticinco millones de dólares es mucho más de lo que yo puedo gastar en toda mi vida. Me conformo con esa suma.

—Suponiendo que el Gobierno americano los pague. Y suponiendo que sus compinches sean lo bastante leales como usted para cumplir su palabra —objetó fríamente Bradford.

En ese momento, algo se estrelló brutalmente en su nuca. Todo giró en torno suyo y mil luces de diversos colores estallaron delante de sus ojos, cegándole. Se encontró de bruces en el suelo, notando cómo corría por su nuca y cuello algo caliente y denso.

Se volvió con turbia expresión, para encontrarse con el tipo del gorro de lana negra y roja. Éste sonreía cruelmente, enarbolando su poderoso fusil ametrallador, con cuyo cañón acababa de pegarle en la nuca.

—Siga intentando sembrar la discordia entre nosotros, bastardo, y el próximo golpe le abrirá la cabeza como una fruta madura —le avisó sibilante el terrorista.

CAPÍTULO III

Ya está mejor, ¿no?

—Sí, creo que sí —resopló Bradford, torciendo el gesto al mover su cabeza con cautela—. Duele, pero menos. Gracias por la cura, señorita Lamont.

—No tiene importancia —sonrió la bella actriz de la televisión y el cine—. Antes de dedicarme a estar delante de las cámaras, estudié para asistente sanitaria. Aún puedo recordar muchas cosas que por entonces aprendí en el hospital.

—Sí, ya me he dado cuenta —suspiró el guardaespaldas profesional, viendo cómo ella recogía los componentes del pequeño botiquín, y la morena muchacha del comando terrorista se la arrancaba de las manos vivamente, para reintegrarla a su sitio de origen.

—Espero que eso le sirva de escarmiento, Bradford —silabeó la mujer del revólver al cinto—. Es peligroso irritar a Mike Shark.

—¿Mike Shark? —repitió Frank—. ¿Es esa bestia del gorro de lana?

—Si él le oye llamarle así, le romperá la cabeza de verdad —avisó la muchacha, encogiéndose de hombros. Apoyó la caja del botiquín contra su pecho y sus senos se elevaron, pareciendo a punto de escapar por el cuello de su suéter, en tumultuosa evasión—. Yo que usted no jugaría con Mike. Es peligroso.

—¿Es vuestro jefe?

—¿Y a usted qué le importa? —replicó agriamente ella. Luego pareció calmarse y añadió, mientras se alejaba—: Después de todo no es prudente oponerse a nada de cuanto hace Mike.

La morena se alejó, cimbreando sus nalgas llamativamente. Bradford resopló, cambiando una mirada con la rubia y atractiva

Lona Lamont, la estrella del cine y la televisión.

—No me gusta esto —manifestó roncamente.

—A nadie nos gusta, Bradford. Pero eso no cambia las cosas.

—Esa gente forma un extraño conjunto: una chica indefinible, un tipo sádico y violento, un cabecilla frío y misterioso y un mercenario que sólo busca su lucro personal. Es una mezcla explosiva.

—Si pagan el rescate por nosotros, no habrá nada que temer, ¿no cree?

—No, claro que no —admitió Frank, dubitativo.

El hombre de uniforme militar se volvió hacia ellos. Amargamente, comentó:

—El Gobierno americano pagará, no lo duden. Para ellos, todos valemos demasiado. Lo que me temo es que ni con cien millones nos suelten. Si ven en nosotros una gallina de huevos de oro, estrujarán el negocio hasta el fin.

—Coronel Webster, usted pertenece al Pentágono —recordó Bradford, volviéndose hacia el militar, ceñudo—. ¿Cree que sólo buscan el dinero... o algo más?

—Me gustaría poderle responder a eso —manifestó el militar—. Hemos hablado de ello el señor Hickory y yo. Y ambos tenemos el mismo temor...

Bradford miró a Neil Hickory, el político norteamericano, con aire pensativo. Éste se limitó a asentir con la cabeza, con expresión preocupada.

—¿Creen que ese dinero puede servir para financiar algo de cariz político en alguna parte del mundo? —sugirió Bradford.

—No es desdeñable esa teoría —admitió de mala gana Neil Hickory, frotándose el mentón, con un brillo excitado en sus ojillos color café, perdidos virtualmente detrás de las gruesas gafas con montura metálica—. Yo trabajo ahora en la oposición al partido en la presidencia de mi país; todos lo saben. Pero ante un trance así, sólo puedo intentar colaborar con todas mis fuerzas con el actual presidente. Me gustaría ver claro en todo esto. Sin embargo, mucho me temo que con el pago del rescate no termine el problema.

—Pero si no lo pagan, seremos nosotros los que terminemos definitivamente —le recordó el coronel Colin Webster con amargura.

—Eso es cierto. —Hickory, nervioso, se quitó y se puso sus gafas, respirando hondo—. De todos modos, sigo pensando que ese hombre es la clave de todo. Por él nos han secuestrado. Saben que su chantaje actual va dirigido al mundo entero, no a los Estados Unidos. Por él, ese hombre, es la diferencia entre la paz y la guerra a escala mundial.

Todos miraron en silencio al hombre hermético, inmutable que, sentado en un rincón alejado de todos los demás, permanecía como ajeno a todo lo que sucedía, como un simple espectador del drama del que, sin embargo, era él principal protagonista. Cosa que, por cierto, pese a lo que pudiera parecer, él no ignoraba en absoluto.

Ese hombre era Ben Sakkar, el hombre clave de los problemas de los países islámicos, de una tensa situación que podía desembocar en el relajamiento definitivo de la crisis o en el estallido de una guerra que pronto se extendería al mundo entero como un reguero de pólvora.

Alto, majestuoso, inmutable y de hermética expresión, envuelto en los pliegues blancos y negros de su ropaje árabe, el estadista islámico era como una estatua viviente en medio de una confusión de personas nerviosas y preocupadas. Como si él no sintiera nada. Como si su fatalismo oriental estuviese muy por encima de acontecimientos y temores.

No lejos de él, Johan van Dyke, el pelirrojo miembro de las Naciones Unidas, y el profesor Dave Kellerman, de la Organización Mundial de la Salud, jugaban una partida de ajedrez entre sí con un tablero y piezas magnéticas, previamente revisadas de forma escrupulosa por sus secuestradores, antes de permitirles iniciar el juego.

—Dios quiera que salgamos de aquí con vida —comentó entre dientes el coronel Webster—. El mundo asiático actual no soportaría la pérdida de un hombre como él. Sería el fin de todas las esperanzas. Radicalismo político en varios países, represalias mutuas, intervención armada de las grandes potencias... y el caos final.

Hubo un profundo silencio. La vasta nave de alto techo y desnudos muros de ladrillo donde permanecían encerrados todos desde que fueran desembarcados del falso pesquero que les recogiera en alta mar, sólo repetía ahora el eco sordo y hueco de las

pisadas de sus guardianes, armados y silenciosos, o el chirrido, en alguna parte, fuera de allí, de algo metálico, que podían ser cadenas, bisagras o cosa parecida, si no se trataba de simples ráfagas de aire sobre inseguros objetos de metal. Después de todo, ignoraban lo que había fuera de allí, el lugar en que se hallaban y la naturaleza del paraje en que se emplazaba su actual encierro.

Janis Munro, imperturbable aun en aquellas circunstancias, iba de unos a otros, requiriendo respuestas a sus cuestionarios. Obviamente, si llegaba a salir con vida de allí, no había duda alguna de que llevaría consigo un espectacular reportaje para publicar en exclusiva.

Frank Bradford se apartó del militar y del político, para acercarse a los dos jugadores de ajedrez, cuya partida estudió en silencio, erguido junto al profesor Kellerman. Las piezas de éste, las negras, estaban inmejorablemente situadas. Si el pelirrojo Van Dyke no reaccionaba a tiempo, perdería pronto su reina, y terminaría en jaque mate.

Cuando Kellerman anunció el jaque a la reina, suspiró y se sentó en un cajón vacío, no lejos de ellos. Extrajo su bolígrafo y un bloc en blanco, y comenzó a escribir algo. Janet Munro se detuvo cerca de él, mirándole sarcástica.

—No me diga que realmente quiere seguir fingiendo que es un novelista —se mofó con acritud—. Eso no se lo cree ya ni siquiera ninguno de nuestros secuestradores, Bradford.

—Piense lo que quiera —la réplica de Frank fue algo áspera—. Vivo de mi pistola y de mis músculos, es cierto. Pero siempre me ha gustado escribir. Es posible que cuando estemos lejos de aquí, mi trabajo literario sobre esta aventura tenga más éxito que el suyo mismo, señorita Munro.

—No me haga reír —se burló ella—. Yo soy Janet Munro, una periodista de fama. Y usted solamente es un mercenario vulgar. Si alcanza alguna fama en el futuro, será gracias a mi mención de su persona en mis artículos, no le queda duda.

—Bien, ya veremos... —suspiró Frank, encogiéndose de hombros, e inclinándose sobre las hojas de papel, para escribir en ellas sin hacer más caso a la presuntuosa y bella periodista.

Janet rió, despectiva, alejándose de él mientras guardaba su propio bolígrafo y cerraba su cuaderno de apuntes. Bradford siguió

escribiendo durante largo rato. De forma borrosa, le llegó una breve advertencia del profesor Kellerman, de la OMS, a su compañero de las Naciones Unidas, Van Dyke:

—Jaque mate, amigo mío...

Sonrió sin dejar de escribir. Era algo previsible. El mate era tan seguro como su propia situación desesperada. Entre ellos y los raptos, la ventaja sobre el tablero estaba de lado de los asaltantes del avión. Era difícil evitar ese otro jaque mate, si llegaba a producirse.

Perdió la noción del tiempo escribiendo. Ante la emisora de radio, con la frecuencia de onda solicitada del Gobierno americano abierta a todas horas, Lou Garrett, el jefe del reducido grupo, atendía posibles mensajes que no llegaban. El nerviosismo se percibía en grado creciente entre sus secuestradores y entre ellos mismos.

—Son las ocho —dijo la morena terrorista en voz alta—. ¿Está la cena a punto, Klauff?

—Sí —asintió el alemán—. He puesto las raciones a calentar. Todo a punto, Mina.

Mina...

Bradford tomó nota del nombre de la chica de los pechos exagerados y el pelo estilo afro. Confirmaba su idea de que era latina. Quizá italiana, española o latinoamericana.

Las ocho de la noche. Eso significaba que, estuvieran donde estuviesen, al Gobierno de Washington sólo le quedaban poco más de veinticuatro horas para decidirse. Si no llegaba una respuesta antes de las doce de la noche del día siguiente, empezarían las ejecuciones.

Y si pagaban los cien millones en oro, ¿qué sucedería?

El mercenario Frank Bradford no se sentía tampoco demasiado optimista en ese supuesto. Algo, quizá una simple corazonada, le estaba advirtiéndole que las cosas no iban a ser fáciles en ningún caso.

Y ese mismo presentimiento le advertía cada vez con mayor intensidad que algo oscuro y siniestro les estaba acechando allí a todos, en ese mismo instante.

Pero... ¿qué?

Esa corazonada extraña empezó a materializarse de súbito

momentos más tarde. Y de un modo total, absolutamente imprevisible.

Fue cuando estaban a medio consumir las raciones de comida caliente que los terroristas les sirvieran en platos de plástico, acompañadas de un vaso, también de plástico, con cerveza, vino o café, a gusto de cada cual.

De pronto, un grito agudo, estremecedor, rasgó el silencio tenso en que todos procedían a consumir sus alimentos.

Y alguien, uno de los cautivos, con ese grito sorprendente e incomprensible, se desplomó en seco, derramando el resto de alimentos y de cerveza por el suelo. Se quedó inmóvil.

Inmediatamente, las armas de sus secuestradores les cubrieron, mientras la perplejidad y la extrañeza asomaba a los rostros de los cuatro terroristas.

—¿Qué diablos sucede ahora? —bramó la voz áspera de Mike Shark.

Bradford, Lorna Lamont y el profesor Kellerman, se habían precipitado a toda prisa hacia donde el pelirrojo miembro de las Naciones Unidas, Johan Van Dyke, yacía de bruces, todavía inerte.

Le examinaron en silencio. Se miraron entre sí.

Bradford, al incorporarse, miró a todos sus compañeros de cautiverio con expresión sombría. Luego, sus ojos grises y duros se clavaron en Mina, en sus tres camaradas del comando armado.

—No lo entiendo... —Manifestó roncamente—. Está... *está muerto*.

* * *

El presidente de los Estados Unidos cambió una mirada con los hombres silenciosos reunidos en torno suyo.

—Bien, caballeros —habló, tras un carraspeo—. Debo informarles de que el Gobierno de los Estados Unidos ha llegado a una decisión sobre el asunto.

Los demás se miraron entre sí, expectantes, sin pronunciar palabra. El máximo dignatario de Washington paseó por la estancia, pensativo. Se detuvo ante uno de los ventanales asomados a los jardines de la Casa Blanca y prosiguió:

—Naturalmente, no podemos dejar a esas personas a merced de

sus secuestradores por más tiempo. En especial, encontrándose entre ellas Yusef Ben Sakkar. Hasta ahora, hemos logrado mantener en absoluto secreto lo sucedido, pero ¿por cuánto tiempo será ello posible? La situación en varios países árabes empieza a hacerse insostenible, y dentro de poco no bastarán explicaciones vagas sobre la ausencia de su líder y hombre fuerte. Sin la mediación pacificadora de Sakkar, todo puede derrumbarse en un momento y se encenderá el polvo del Golfo Árabe. Por ello, señores, hemos decidido, sin más demora, pagar los cien millones de dólares oro a ese grupo terrorista de ignorada filiación.

Un murmullo recorrió la sala. El presidente alzó una mano con energía, deteniendo la riada de comentarios.

—Un momento, caballeros. Naturalmente, este Gobierno piensa exigir garantías a los secuestradores antes de pagar un solo centavo de rescate. No podemos permitirnos el lujo de abonar esa suma y luego perder a los rehenes o ver demorada en exceso la entrega de todos ellos.

—¿Qué clase de garantías podemos exigir a un puñado de bandidos? —preguntó Andrew S. Cole, jefe del Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos, dubitativo.

—Todas las posibles, señor Cole. En primer lugar, no pagaremos nada de esa suma, mientras por parte de ellos no haya un gesto de buena voluntad.

—¿Qué gesto? —indagó el general Paul Carter, del Pentágono.

—La entrega de un rehén, sin rescate previo alguno. Un rehén vivo, que nos asegure que Yusef Ben Sakkar y los demás gozan de perfecta salud y están bien tratados.

—Dudo que acepten esa condición previa, señor —opinó Andrew S. Cole.

—Pues, en caso contrario, no habrá acuerdo. Con todas sus consecuencias.

De nuevo hubo intercambio de miradas. Un alto miembro del Ejecutivo americano se incorporó para exponer su criterio rotundo:

—Estoy de acuerdo con usted, señor presidente. Debemos mostrarnos firmes, aunque paguemos el rescate. ¿Cuándo piensa emitir el mensaje de aceptación?

—En cuanto el Congreso dé luz verde a la suma del rescate —suspiró el presidente—. Están reunidos ahora en sesión de urgencia.

Espero que dentro de dos o tres horas pueda difundirse por la radio ese mensaje cifrado.

—¿Y después...?

—Después, sólo nos quedará esperar, caballeros. Y en cuanto nos indiquen la forma de establecer contacto con ellos, expondremos nuestra condición indispensable para negociar.

—Podría suceder que los rehenes fuesen asesinados sin más preámbulos —apuntó con preocupación el general Carter.

—Lo sé —afirmó el primer mandatario americano—. Es uno de los riesgos que corremos, general. El otro, es que paguemos esa enorme suma y sigamos sin recibir nada a cambio. El asunto está lleno de riesgos, como ven. Pero hay que afrontarlos. Y confiar en el Todopoderoso, amigos míos...

CAPÍTULO IV

Muerto... Eso no tiene sentido.

—Pero ha ocurrido. Todos pudieron comprobarlo —manifestó roncamente el profesor Dave Kellerman, mirando sombrío hacia el cuerpo inmóvil de su reciente compañero de partida de ajedrez—. Ese hombre ha dejado de existir de modo fulminante mientras comía.

—Tal vez un ataque cardíaco, un infarto... —apuntó, ceñudo, Lou Garrett, apoyado a modo de bastón en su poderoso fusil ametrallador—. Eso lo explicaría todo.

—Ignoro si Johan Van Dyke padecía del corazón —suspiró el profesor moviendo negativamente la cabeza—. Pero hemos sido compañeros en tareas de la ONU, y jamás oí nada parecido.

—Un infarto puede presentarse de súbito, sin haber sufrido antes dolencias cardíacas, ¿no, profesor? —preguntó el rubio Werner Klauff.

—Sí, es posible —asintió Kellerman—. Es posible, pero...

—Pero ¿qué? —rezongó malhumorado Mike Shark.

—En su piel han aparecido manchas extrañas. ¿No lo han observado?

—Bien, ¿y qué importa eso? —Se irritó el propio Shark, ajustándose mejor su gorro de lana sobre los grasientos cabellos.

—Tal vez nada. Es sólo una sugerencia... —Miró los platos de alimentos, todavía sin terminar, a causa del repentino y extraño fallecimiento de Van Dyke—. Pero esos alimentos, ¿están realmente en buenas condiciones?

—¡Infiernos, claro que sí! —se apresuró a afirmar Garrett—. Son platos preparados por una empresa oficial. Hemos adquirido esas raciones de comida en un lugar de toda confianza y sus fechas de

caducidad están en perfecto orden. En cuanto a conservación, disponemos de un frigorífico especial de bajas temperaturas. No, no puede haber nada malo en las comidas, profesor.

—Además, todos hemos comido de ellas —le apuntó Mina, pensativa—. Y a nadie le ha hecho daño.

Kellerman asintió, preocupado. Paseaba por la amplia estancia reservada a prisión de los rehenes, como si algo en todo aquello no lograra entenderlo del todo, y una idea fija y obsesiva le preocupase intensamente. Lorna Lemont, entretanto, había tomado una manta de un rincón, apresurándose a cubrir con ella el cuerpo del muerto. Antes de ello, le examinó el rostro y las manos, corroborando en voz alta el comentario anterior del profesor Kellerman:

—Las manchas en cara y manos son ahora violáceas —apuntó—. Y han surgido muchas más...

El silencio acogió sus palabras. Los fríos ojos oscuros del majestuoso y hermético Yusef Ben Sakkar la contemplaron desde la distancia. Parecía ser el único hombre que no se había inmutado con el suceso. Su plato de comida, pese a no llevar cerdo ni otro alimento impuro para su religión, estaba intacto, lo mismo que el vaso de café.

La muerte de Van Dyke le había sorprendido cuando se disponía a comer, tras sus oraciones habituales. Ahora se limitaba a mirar esa comida con fijeza, sin atreverse a correr riesgo alguno, evidentemente.

—¿Están sugiriendo un posible envenenamiento por intoxicación?

Era Neil Hickory, el político americano, quien formulaba la pregunta con voz seca. Los terroristas le miraron con desagrado, pero sin hacer comentarios. Kellerman se encogió de hombros.

—No sé —masculló—. No puedo entenderlo bien. Pero es lo que parece. De todos modos, ninguna intoxicación por alimentos en mal estado causa una muerte tan súbita, señores.

—¿Entonces...? —habló Mike Shark, amenazador, enarbolando su metralleta—. ¿A dónde quiere ir a parar con sus insinuaciones, profesor? ¿Pretende sembrar el pánico o la discordia entre todos nosotros?

—No pretendo nada. Sólo quisiera saber lo que ha sucedido realmente.

—¿Por qué no analiza los alimentos para salir de dudas? —sugirió con aspereza Werner Klauff, que también tenía su propia ración a medias, y era obvio que se mostraba inquieto por la posibilidad de un envenenamiento mortal.

—¿Con qué medios? —se sorprendió Kellerman, mirando al rubio teutón.

—Tenemos un equipo químico bastante completo —mencionó Mina con un suspiro—. Casi lo había olvidado. ¿Es usted capaz de analizar unas muestras de estos alimentos, profesor?

—Mi querida jovencita, eso forma parte de mi tarea habitual —sonrió amargamente Dave Kellerman—. Por algo trabajo en la Organización Mundial de la Salud, como experto en epidemiología y otros males no erradicados aún del planeta, en especial en los países subdesarrollados. Ese equipo de análisis me serviría de mucho, dadas las actuales circunstancias; están seguros de ello.

—No me fío de ustedes —silabeó Shark, ceñudo—. El laboratorio posee sustancias químicas que un experto podría utilizar como armas.

—Para conseguir ¿qué? —objetó tristemente Kellerman—. No sabemos dónde estamos, ustedes van armados y son cuatro... Hiciese yo lo que hiciese, les sobraría tiempo a cualquiera de ustedes para acribillarnos a balazos a la menor sospecha...

—El profesor tiene razón, Mike —terció Mina con tono abrupto—. Será mejor que salgamos de dudas y sepamos de una vez por todas si hay algo peligroso en lo que causó la muerte a ese hombre.

—Está bien —gruñó Shark de mala gana—. Tú, Werner, trae el equipo. Y tú, Lou, creo que deberías vigilar al profesor muy de cerca cuando empiece la tarea con los productos del laboratorio.

—Descuida —afirmó Lou—. Lo haré. De momento, no probéis nada más de la comida hasta que el profesor la haya analizado.

Hubo un asentimiento general. El coronel Webster se aproximó a Kellerman.

—Si puedo ayudarle, dígamelo —se ofreció—. Tengo algunos conocimientos de química, y podría serle útil, profesor.

—Gracias, coronel. Lo tendré en cuenta.

Momentos más tarde, el rubio Klauff situaba ante el profesor una larga caja de metal oscuro que, una vez abierta y desplegada, mostró en su interior un completo equipo de laboratorio para

análisis. Satisfecho, el científico de la OMS comprobó que no necesitaba nada más para llegar a una conclusión sobre los alimentos a examinar.

Obtuvo muestras de cada plato, en especial del perteneciente al propio Johan Van Dyke, así como residuos de café, cerveza y vino, procediendo al análisis, en medio de un profundo silencio.

Finalmente, sin que nadie se hubiese atrevido a alterar ese mutismo general, durante el cual sólo eran perceptibles los chirridos del calzado de los secuestradores, en sus lentos paseos por la amplia nave cerrada, el chirriar de aquel metal en el exterior y el leve rumor de vidrio de las manipulaciones de Kellerman con tubos de ensayo, microscopio y plataformas para situar las muestras antes del análisis concienzudo.

Finalmente, con expresión de cansancio en su enjuto rostro, el hombre de cabellos canosos retiró de sí el equipo químico y confesó con voz ronca:

—Nada... No hay nada dañino en esos alimentos y bebidas. Todo está en perfectas condiciones. Van Dyke no pudo morir por intoxicación en modo alguno.

Aquello tranquilizó en parte a los presentes. Un suspiro de alivio escapó de algunas bocas. Luego, todos volvieron lentamente a sus platos, para reanudar la comida. Incluso Yusef Ben Sakkar se inclinó, imperturbable, tomando su plato y comenzando a comer lentamente.

Kellerman se incorporó, enjugándose el sudor. Mina se le aproximó, tendiéndole un cigarrillo de su arrugado paquete. Él sonrió, tomándolo y llevandoselo a la boca.

—Gracias —manifestó apagadamente.

Ella misma se lo encendió porque no les permitían tener encendedor encima. Fumó el científico en silencio y se aproximó lentamente al cuerpo sin vida de su compañero de tareas en los organismos de la ONU.

Alzó la manta. Examinó la piel del cadáver. Sus dedos rozaron lentamente los puntos donde esa epidermis mostraba anchas y desiguales manchas rojo oscuras, algunas de ellas ya violáceas. Alzó los párpados del cadáver y estudió sus pupilas, extrañamente dilatadas. Meneó la cabeza con desaliento.

—No lo entiendo —jadeó—. No lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende, profesor?

Se volvió Kellerman, mirando al que había hecho la pregunta. Ambos hombres cruzaron una pensativa ojeada de preocupación.

—Esto —manifestó el científico— no tiene sentido, Bradford.

Frank Bradford asintió con la cabeza. Sus ojos se fijaron en las manchas de Van Dyke.

—Le entiendo, profesor. No ve claras las causas de su muerte, ¿no?

—En absoluto. No creo que fuese un ataque cardíaco.

—¿Qué otra cosa puede matar tan súbitamente, profesor?

—Lo ignoro. Quizá un veneno activo, pero no ingerido en los alimentos.

—¿En qué, entonces?

—Si lo supiera... —Kellerman se encogió de hombros, incorporándose. Inició un lento paseo por la vasta nave convertida en prisión—. Bradford, me gustaría poder hacer la autopsia al cadáver. Pero eso no es posible en este lugar, en estas condiciones. Quizá nunca sepamos de qué murió ese infortunado compañero...

—¿Cómo explicarán ellos esta muerte al Gobierno americano, si se deciden a pagar el rescate? —sugirió Frank—. Ellos pueden sospechar un... un crimen, una muerte intencionada...

—Es curioso, Bradford.

—¿Qué es curioso? —Frank le miró, sorprendido, mientras paseaba a su lado.

—Que haya mencionado usted esa palabra: *crimen*. ¿Sabe una cosa? Es lo primero que se me ocurrió al ver caer muerto a Van Dyke. No tiene sentido, lo sé. Pero es lo que me vino a la mente en el instante inicial.

—Ahora sabemos que no pudo serlo. Nadie le causó daño, nadie le tocó, los alimentos estaban en perfectas condiciones... Además, un crimen en esta situación, sería algo absurdo, ridículo. Ellos nos matarán solamente a tiros, si se deciden a hacerlo.

—No estaba pensando ahora en *ellos*, en los terroristas, Bradford —suspiró el profesor.

—¿En quién, entonces? —Mostró Frank su perplejidad.

—¡Oh, nada de particular, no me haga caso, amigo mío! —Meneó Kellerman la cabeza con énfasis, en sentido negativo—. Creo que a veces divago más de lo razonable... El haber trabajado unos

años en el Departamento de Toxicología del FBI ha causado en mí, sin duda, una deformación profesional. No, amigo mío, no me haga ningún caso...

En ese momento, un terrible y agudo grito de dolor, de angustia suprema, de miedo y de muerte, rasgó de nuevo el silencio a sus espaldas. Sobresaltados, ambos hombres se volvieron.

Justo a tiempo de ver cómo Lou Garrett, el jefe del grupo de terroristas, se desplomaba de bruces, soltando su arma, que golpeó sordamente en el suelo, poco antes de que su propio cuerpo se estrellara en el duro cemento del local.

Aun sin examinarle, algo le dijo a Frank Bradford que, una vez más, la muerte había entrado en el recinto. Que Lou Garrett, el secuestrador, estaba muerto antes incluso de tocar el suelo...

Y así era.

* * *

El siniestro tableteo de la ametralladora conmovió a todo el recinto, mientras los cautivos se apretujaban en un grupo atemorizado y tenso.

Las balas, a chorros, se incrustaron en la obra, levantaron polvo de cal y fragmentos de ladrillo o rebotaron con áspero maullido en los puntos metálicos del recinto.

—¡Esto es sólo una advertencia dirigida a todos ustedes! —rugió la voz agria y beligerante de Mike Shark, mientras su fusil ametrallador humeaba tras la rociada de proyectiles—. ¡Al primero que se mueva o intente algo, le coseré a balazos sin compasión alguna!

Se quedó contemplando sombríamente a los cautivos durante unos momentos, arma en ristre, crispado y violento, a punto de replicar a tiros a cualquiera que se atreviera a objetar algo a su reciente demostración de fuerza y de rabia.

—Creo que está malgastando sus energías, Shark. ¿Qué espera ganar con esa actitud?

¿Acaso cree que uno o varios de nosotros tuvo algo que ver en la muerte de su compañero?

La persona atrevida que había osado enfrentarse al virulento individuo era nada menos que una mujer. Serena, tranquila,

siempre dueña de sí, Janis Munro, la periodista, se había arriesgado a enfrentarse verbalmente con el autor de los disparos, y ni siquiera pareció inmutarse cuando el arma del otro se dirigió hacia ella sin contemplaciones y el dedo del terrorista tembló en su gatillo.

Los ojos de la reportera centellearon sin un solo pestañeo y la sombra de una leve sonrisa irónica flotó en sus labios carnosos y rojos. Por un momento, por un largo, angustioso momento, todo allí pareció posible. Absolutamente todo. Y, sin embargo, no sucedió nada.

Lenta, muy lentamente, Mike Shark hizo descender el arma entre sus manos. Apretó los labios, colérico. Sus pupilas eran como dos heladas agujas de acero, intentando clavarse en la valerosa joven.

—Se cree muy capaz de desafiarme, ¿no? —Silabeó Shark—. Tal vez cometa un grave error. Un error que puede costarle la vida, jovencita.

—No temo morir —ella se encogió de hombros—. Cuando empecé a escribir, me dije que una periodista puede morir en cualquier sitio, en cualquier momento. He aceptado esa posibilidad hace mucho tiempo.

—Yo tampoco tengo miedo alguno a matar —replicó Shark—. No se fíe demasiado de su buena suerte. Podría terminar aquí su carrera.

—Si ha de ser así, le aceptaré. —Janis Munro se encogió de hombros—. Dispare, si quiere. Eso no va a cambiar las cosas. Uno de nosotros ha muerto. Pensamos que era culpa suya, de sus alimentos. Y no fue así. Ahora, el que ha muerto es uno de los suyos. ¿Cree que nosotros tenemos la culpa de eso?

—No creo nada. Pero no me gusta esto. Miren el cadáver —lo señaló con su fusil ametrallador—. También... también empiezan a salirle manchas cárdenas en la piel, ¿se ha dado cuenta?

—Sí —esta vez era el profesor Kellerman quien hablaba—. Me he dado cuenta.

—¿Y bien? —le espetó Shark con exasperación—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé —suspiró el hombre de la OMS.

—¡Es un científico, sabe de Medicina y de enfermedades! —aulló Shark, aferrando con renovada furia su temible arma automática—.

¡Tiene que saber lo que ocurre!

—Lo siento. Sólo soy un científico, como usted dice, no un adivino. ¿Cómo puedo saber lo que sucede aquí? No poseo medios para hacer autopsias o cosa parecida. Sólo puedo analizar con equipo. Eso es todo.

—Analizar... —Rápidamente, Werner Klaufft tuvo una idea. Se aproximó a él—. ¿No podría analizar algún tejido de los dos cadáveres, un poco de sangre coagulada, de piel, de lo que sea, para intentar llegar a alguna conclusión? Dos personas no pueden morir del mismo modo, una tras otra, a menos que exista algo, un motivo común en ambas muertes que, por supuesto, no puede ser un simple colapso o un infarto...

Asintió despacio el profesor Kellerman, mirando a su interlocutor largamente.

—Usted no va descaminado —admitió el hombre de la OMS—. He pensado lo mismo que acaba de decir. Ya no cabe admitir la causa de la muerte como un ataque cardíaco.

—Pero *algo* mató a esos dos hombres tan diferentes entre sí —apuntó Frank Bradford roncamente desde el lugar donde aparecía sentado, sobre unas cajas vacías, al lado del siempre silencioso y como ausente Yusef Ben Sakkar—. ¿Qué podría ser, profesor?

Kellerman se volvió, mirándole pensativo. Luego, se limitó a manifestar con un cansado encogimiento de hombros:

—Está bien. Si ustedes lo quieren así, intentaré encontrar algo, lo que sea. Por favor, traigan otra vez ese equipo químico. Yo arrancaré fibra del tejido epidérmico de los difuntos y, a ser posible, una muestra de su sangre coagulada. Espero que ello sea suficiente para dar una respuesta...

En silencio, tras un asentimiento de Mike Shark, convertido ahora en el jefe del grupo de terroristas, Werner Klaufft se alejó, regresando con el equipo de análisis, ayudado por Mina. La joven miró los dos cuerpos inertes, tapados con mantas, se estremeció y fue a situarse, revólver en mano, cerca de Yusef Ben Sakkar.

La mirada de Bradford se cruzó con la de ella. El joven guardaespalda sonrió, incorporándose, y se acercó a ella. De modo instintivo, Mina apuntó con su revólver al pecho de Frank. Éste sólo se detuvo cuando el cañón del arma rozó su torso.

—¿Quiere que le convierta en un colador, Bradford? —indagó

ella.

—Ya no sé lo que quiero. —Frank sacudió la cabeza—. Si esos dos hombres han muerto por una misma causa misteriosa, sea la que sea, ¿quién nos dice que usted y yo no terminaremos muriendo de la misma forma?

—No, no es posible —rechazó ella asustada, humedeciendo los labios con la punta de su lengua—. Tiene que haber una explicación lógica para esto. Tal vez uno de ustedes esté enfermo y haya contagiado a Lou... O tal vez se trate de algún arma bacteriológica lanzada por sus amigos americanos...

—Dudo mucho que ellos sepan con exactitud nuestro paradero actual —sonrió Frank— y aun en ese caso hipotético, no pondrían en peligro nuestras vidas. Especialmente, la que usted ya sabe.

—¿Yusef Ben Sakkar, ése árabe que parece de piedra?

—El mismo. Cuando ustedes secuestraron el avión, sabían lo que hacían. Ese hombre puede significar la diferencia entre la paz y la guerra a escala mundial. Si muere, será difícil resolver el problema de los pueblos islámicos en el momento actual de crisis. ¿Cómo iban a lanzar armas bacteriológicas? Lo único que les interesa a ellos es rescatar con vida a ese hombre.

—Y a nosotros los cien millones en oro —le miró, irritada—. ¿Por qué no contestan de una maldita vez sus amigos de Washington?

—Yo soy americano, pero no tengo amigos en Washington —rió Bradford cínicamente—. Soy una especie de apátrida, un ciudadano del mundo, que vende su pistola al mejor postor. Ése es mi duro oficio. He sido mercenario en muchos sitios del mundo, en guerras sucias que no significaban nada para mí, pero por cuyos ideales moría mucha gente con la que no me ataba lazo afectivo alguno. Ellos me producían un respeto muy grande. Morían por algo que sentían hondamente. Yo, cuando muera, será por algo en lo que ni siquiera creo, Mina.

Ella le miró, pensativa. Parecía darse cuenta, justo ahora, de que el mercenario era joven, guapo, arrogante. Bajó el arma y se mostró algo más suave:

—Esta noche vencerá el plazo. Si antes no llega el esperado mensaje por esa radio, ustedes empezarán a ser ejecutados. Mike no perdona.

—Confiemos en que ese mensaje llegue —se mostró Frank confiado, dirigiendo una ojeada al potente aparato de radio—. Empieza a ser nuestra única esperanza, ¿no?

—A menos que esa otra forma extraña de muerte que ha penetrado aquí pueda cambiar nuestros destinos —se estremeció Mina, volviendo a mirar los cadáveres—. Lou era un hombre fuerte, lleno de salud. Y ahora está muerto... ¿Qué puede matar tan de repente a las personas, Bradford?

—Creo que la única persona que puede responder a eso, es precisamente el profesor Kellerman. Pero hay algo en todo esto que no me gusta, Mina. Algo que me temo esté más allá de nuestras posibilidades... e incluso de las vuestras.

—¿A qué se refiere? —Los ojos oscuros de la hermosa y exuberante mujer latina se agrandaron enormemente, fijos en él.

—Es lo que quisiera saber —miró en torno el joven mercenario, como si el aire mismo que respiraban le causara desasosiego, recelo, ocultos e inexplicables temores—. Lo intuyo, presiento su vecindad y casi me da miedo... pero no sé lo que es.

—Sí... —jadeó Mina. E insensiblemente, sus poderosos senos se apretaban contra el brazo y el torso del joven, tan próximos estaban el uno al otro—. Yo he presentado también algo así... He llegado a sentir miedo, Bradford.

—Miedo... —Él la miró, muy de cerca, sintiendo la palpitante fricción de la exultante carne femenina—. ¿Usted puede sentir miedo? ¿Una mujer metida en este embrollo? ¿Una chica mezclada con asesinos?

—No soy una asesina —protestó la joven—. Pero Werner y yo... somos amigos. Nos hemos mezclado con Lou y Mike. Lou tenía grandes ideas para el futuro del hombre, para una sociedad más justa y menos atada a los grandes intereses mundiales...

—Pero ahora Lou está muerto, Mina. Acertado o equivocado, su idealismo murió con él. Mike Shark no me parece en absoluto un idealista. Y Werner, por muy amigo suyo que sea, Mina, es solamente un tipo como yo: se vende al que le paga bien, trabaja a sueldo, sin importarle ningún tipo de política o de ideología. ¿Adónde espera ir ahora con gente así? Lou no existe. Su idealismo se acabó. Mike querrá el dinero de modo igual o parecido al de Werner. Y usted estará en medio de dos hombres duros y

ambiciosos... ¿Cree que la aventura terminará bien?

—Tiene que terminar bien —replicó ella vivamente, apartándose con brusquedad del joven, como si temiera que sus palabras pudieran verter en ella alguna especie de veneno capaz de alterar sus ideas y sentimientos. Volvió a plantar su revólver contra el pecho de Frank, lo cual era un contacto mucho más frío, rígido y deshumanizado que la prominencia de sus espléndidos senos—. Vuelva a su sitio, Bradford. Y no hablemos más.

Frank sonrió, sin responder. Se encaminó al montón de cajas donde antes tomaba asiento. Fugaces, los negrísimos ojos de Yusef Ben Sakkar, su jefe, se fijaron en él. El rostro oscuro del árabe permaneció enigmático, inexpresivo.

—¿Ningún resultado en su empeño por seducir a la chica? —sonrió Neil Hickory, mirándole astutamente cuando pasó junto a él.

—No lo pretendí —respondió Frank gravemente—. Pero la chica es la más accesible de todos. Está metida en esto por su relación íntima con el mercenario alemán. Creo que gustosamente lo dejaría todo si tuviera una ocasión propicia.

—Pero Mike Shark no la dejaría —rió el político—. Ese tipo es un sádico. Gozaría acribillando a la chica, estoy seguro de ello.

Frank se encogió de hombros, sentándose entre las cajas con un suspiro. Tras él, otra voz hizo un comentario tenso:

—Empiezo a sentirme nervioso. Si esto dura mucho, terminaré perdiendo el control.

—Cálmese, coronel. —Frank se volvió al militar del Pentágono, con un gesto expresivo—. Mientras todos conservemos la calma, la situación será mucho más llevadera en todos los sentidos.

—Pero hasta ahora solamente debíamos preocuparnos de ese puñado de locos. Y ahora, sin embargo, también está ese otro hecho, la forma inexplicable de morir de esos dos hombres, uno por cada bando...

—Lo bueno de la muerte, coronel, es que nunca ha respetado a nadie —sentenció irónicamente Frank Bradford—. Sea cual sea su naturaleza, ataca por igual a todos.

—Pero ¿cómo se produjeron esas muertes? ¿Qué es lo que ha sucedido, exactamente? —gimió el militar, inquieto.

—Tal vez no lo sepamos hasta que el profesor Kellerman encuentre algo tangible...

—¡Dios mío, no!

El grito ronco les asustó. Por un momento, todos pensaron en que, nuevamente, la silenciosa y trágica muerte que dominaba en aquel cerrado recinto volvía a golpear a alguien.

Pero esta vez no era así, afortunadamente. La exclamación había brotado de labios del profesor. Todos se volvieron a mirarle, entre preocupados y temerosos.

—¿Qué ocurre, profesor? —indagó con voz crispada Neil Hickory—. ¿Ha encontrado algo, tal vez?

—Cielos, claro que sí... —Se apartó del equipo de análisis, demudado, y todos pudieron ver el sudor perlado su rostro descolorido—. Es... espantoso.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Lorna Lamont, acercándose a él—. Sea lo que sea, tenemos derecho a saberlo...

—¡Callaos todos! —bramó la voz potente y áspera de Mike Shark—. ¡Profesor, soy yo el que le exige inmediatamente una respuesta! ¡Quiero saber qué ocurre con ese maldito análisis que está realizando! Y lo quiero saber sin rodeos ni disimulos, ¿está eso claro? ¿Qué les ha ocurrido a mi compañero Lou y a su amigo? ¡Pronto, la verdad, sea cual sea, si es que la ha encontrado!

—Sí, la he encontrado —jadeó pesadamente el científico de la OMS—. Pero es... es demasiado terrible...

—Diga lo que sea, y pronto —le apremió Shark, alzando su fusil ametrallador con ademán amenazador—. Estamos esperando, profesor. Y tengo muy poca paciencia, se lo advierto.

Dave Kellerman se frotó el mentón y su modo de andar fue tambaleante hasta que, plantándose frente a su interlocutor, respondió con tono grave, ahogada su voz por una tensa emoción:

—Lo siento, amigo... Lo siento por todos ustedes... y por todos nosotros. Se trata de... de un virus.

—De un... ¿qué? —bramó Shark.

—Un virus poderoso y desconocido... Una enfermedad mortal que se desarrolla en los humanos calladamente, sin otro síntoma que el dolor de cabeza y un cierto hormigueo creciente en las extremidades. Luego, viene un fallo cardíaco súbito... y la muerte, por una súbita erupción de manchas violáceas en la piel, cuando la sangre se convierte en una especie de polvo cristalino...

Un silencio terrible se produjo en la vasta nave. Una especie de

hálito de horror agitó a todos.

—Y ese virus... ¿cómo pudo llegar hasta aquí, profesor? —preguntó Shark, muy pálido.

—Lo ignoro —el científico se dejó caer, anonadado, sobre una caja que crujió bajo su peso al sentarse—. Pero he oído hablar de ese virus en mi país... Se experimentó en cierta ocasión como arma bacteriológica... Luego, visto su terrible poder letal, se abandonaron todas las investigaciones. Se habló de... de un posible antídoto, pero nadie estaba seguro de que lo hubiera realmente... Se desechó seguir cultivando ese maldito virus, que alguien llamó «Virus YZ». Ignoraba que existiera ninguna muestra en el mundo de esa forma epidémica de matar mediante virus cultivados artificialmente, hasta que esos tejidos y esa sangre cristalizada de las dos víctimas me han dado la clave...

—¡Maldita sea! ¡Ustedes y sus sucios juegos de guerra química! —rugió Shark, descompuesto—. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí ese mal?

—No puedo responderle. No lo sé.

—¿Y cómo se propaga?

—Eso sí puedo decírselo: por el aire, Shark.

—¡El aire!

—Sí —asintió amargamente Kellerman—. Cuando respiremos, mientras permanecemos aquí, inspirando este aire que nos rodea... *estamos absorbiendo nuestra propia muerte inexorable*, ésa es la verdad.

—Dios mío, profesor... Mis manos, mis pies... Hormiguan cada vez con más fuerza... Y siento un tremendo dolor de cabeza, unas palpitaciones insoportables en las sienes... —Cielos, no...— jadeó Kellerman, volviéndose al que hablaba—. Son los síntomas fatales, coronel Webster...

El coronel Colin Webster le miraba fijamente. Su rostro enrojecía, pareciendo del color de la púrpura. Repentinamente, exhaló un grito ronco, desgarrado. Se tambaleó.

Luego, cayó pesadamente, entre las cajas, astillando algunas bajo su peso.

—Otro más... —susurró Janis Munro, la periodista, dando unos pasos atrás, muy pálida y sobrecogida—. Otro muerto...

CAPÍTULO V

La radio transmitió la frase-clave:

«Los boletines meteorológicos anuncian tiempo variable en el Atlántico Norte para el mes de abril». Y, seguidamente, una frase más, cuyo significado era evidente para sus destinatarios: «Se esperan instrucciones en determinados puntos para el transporte de carga a ciertos lugares».

Washington transmitió el mensaje a las diecisiete horas, hora de la costa atlántica, con un margen de siete horas por delante para el cumplimiento del plazo. Por si había dificultades en su posible recepción, la emisora encargada de hacer la transmisión a toda la zona de Europa y del Atlántico, donde se suponía el emplazamiento secreto de los secuestradores y sus rehenes, las órdenes fueron de ir repitiendo el mensaje por onda corta y onda pesquera, con intervalos de quince minutos, hasta las dos de la madrugada, si antes no había respuesta de los secuestradores.

Fueron unas tensas horas de espera, no sólo en la capital federal norteamericana, sino también en muchas cancillerías europeas y, particularmente, en ciertos Estados árabes, que sabían su futuro y el del mundo mismo, pendiente de aquel momento. Ya circulaban graves rumores sobre la desaparición, e incluso sobre la muerte segura, del gran líder islámico Yusef Ben Sakkar, y en algunos puntos del Islam se habían iniciado disturbios de diversa gravedad, que parecían ir en aumento durante las últimas horas, pese a las severas medidas de control de las autoridades árabes y de las insistentes afirmaciones oficiales de que nada particular le sucedía a Ben Sakkar, quien pronto se dirigiría a las naciones del mundo árabe para exponerles un plan de paz previamente pactado en Washington, y que la URSS y otras potencias habían encontrado

vable, como una salida a la crisis. Incluso Israel y otros países árabes mezclados en los conflictos de Oriente Medio prestaban su apoyo a esa maniobra política del dirigente islámico, ahora cautivo de un misterioso comando de ideología no identificada.

Finalmente, un primer mensaje llegó a una estación receptora, con toda la claridad, repitiéndose cada cinco minutos, y teniendo su punto de origen en cualquier lugar del Atlántico.

El texto era conciso y revelador: «A la vista de los informes meteorológicos de la zona, las instrucciones para transporte de carga a punto de ser enviadas».

Inmediatamente, se retransmitió la noticia a Washington y le fue notificada al presidente, que permanecía en todo momento en su despacho de la Casa Blanca, pendiente de los acontecimientos.

Un hondo suspiro de alivio escapó de labios del primer mandatario norteamericano, que en el acto citó a sus consejeros y su Gobierno en pleno.

Estaban reunidos comentando los hechos, con relativa euforia y calculando en qué forma disponer a la mayor brevedad posible de la crecida suma, con lingotes de oro de Fort Knox, que ya estaban en poder del Gobierno, para su traslado al punto señalado por los terroristas, cuando llegó una insólita e imprevisible ampliación al mensaje radiofónico de los raptos.

Un funcionario del servicio de Telecomunicaciones de la Casa Blanca pidió permiso para llevar personalmente hasta el presidente el texto del nuevo mensaje recién llegado.

A la vista de su contenido, el secretario del presidente hizo pasar al mensajero, que tendió a un sorprendido y desconcertado mandatario el papel que temblaba en sus dedos nerviosos.

—Acaba de recibirse, señor. Y cuando venía hacia acá con él —informó el radiotelegrafista—, se recibía nuevamente, repitiéndose cada pocos minutos...

El presidente leyó aquellas increíbles palabras:

«Virus YZ identificado entre nosotros. Coronel Webster y Van Dyke víctimas mortales del mismo, así como un miembro del comando. Urge recibir vacunas o posible antídoto. Dispongan todo urgentemente o podemos morir todos. Es una llamada de emergencia. Repetimos: profesor Kellerman identificó epidemia mortal como virus YZ.».

—Dios mío... —Mortalmente pálido, el presidente estrujó el papel escrito entre sus manos—. Dios mío, lo que nos faltaba.

* * *

—¡El virus YZ! —clamó la doctora Agatha Parks, del Servicio de Bacteriología del Gobierno de los Estados Unidos—. Es prácticamente imposible...

—Yo diría que no puede ser —rechazó el doctor Iván Bernstein, del programa de estudios de guerra bacteriológica y química del Pentágono—. Sencillamente, nadie puede sacar de este país ni siquiera un gramo de ese producto. Todas las reservas del virus fueron destruidas cuando se advirtió que el oxígeno era su mejor conductor y que su proceso letal resultaba irreversible una vez diluido en la atmósfera.

—Irreversible... —repitió el presidente, convulso—. ¿Eso quiere decir... que no existe remedio?

—Exactamente, señor.

—¿Ni un antídoto, una vacuna...?

—Por eso no sólo dejó de fabricarse, sino que las reservas del mismo se encerraron en una cápsula hermética, rodeada de cemento y hormigón, y sepultada en las profundidades marinas. Cuando la envoltura se erosione, ya no habrá peligro. El virus se extingue por sí mismo en lugar cerrado adonde no penetre el aire, en cuestión de meses.

—Pero ellos la aseguran... Han identificado la naturaleza del virus, señores. Y recuerden que el profesor Kellerman perteneció a Toxicología en el FBI...

—No lo he olvidado —afirmó gravemente la doctora Parks—. Es obvio que si él lo asegura, se trata en realidad del mismo virus. Además, la rapidez de esas muertes, así lo confirma. Debemos pedirles referencias urgentes sobre sus síntomas. Si hay hormigueo de extremidades, dolor de sienes y manchas en la piel, es el virus YZ, sin remedio. Lo extraño es... cómo llegó allí.

Ese punto se confirmó en un mensaje por radio, recibido cosa de dos horas más tarde. El propio profesor Kellerman informaba en el texto. Según él, no podían abandonar en modo alguno el recinto cerrado en que se encontraban. Eran medidas de seguridad de los

secuestradores. En un radio de media milla cuadrada, de todos modos, el virus ya estaría formando parte del aire respirable.

No se había detectado ningún nuevo fallecimiento. Pero el terror dominaba a todos los allí reunidos, estuvieran donde estuvieran. Kellerman exigía el inmediato envío de antídotos o vacunas, si es que existían.

La respuesta que tenía que dar el Gobierno norteamericano era terrible en su simplicidad: No había antídotos ni vacunas. No había nada de nada. Se experimentó algo en ese sentido, pero se había dejado de lado al resolver deshacerse de las reservas de virus.

Kellerman envió otro mensaje mucho más breve y dramático:

«Si en diez horas no recibimos antídoto o vacunas, los terroristas nos asesinarán a todos. Es su última palabra».

A continuación, daba los datos exactos de un punto del Atlántico Norte donde un avión militar, sin escolta de ningún tipo, debería de arrojar una balsa neumática con el preciado cargamento, alejándose seguidamente. Si no era así, comenzaría la masacre, anticipándose a la acción inexorable y fatal del virus.

Tras eso, se suspendieron toda clase de llamadas por radio. Los terroristas temían que, a causa de ellas, su paradero pudiera ser localizado. Lo cierto es que determinados buques-escuela de la Marina americana y británica intentaban detectar su punto de origen, que se perdía en una ancha zona del Atlántico, no lejana al mar de los Sargazos. Pero de momento, eso era todo.

—Ya lo saben, doctora Parks, doctor Bernstein —habló grave y enérgicamente al presidente—. Tienen exactamente siete horas para encontrar una vacuna o antídoto.

—¡Pero eso es imposible, señor! —protestó el doctor Iván Bernstein, estupefacto.

—Háganlo posible. O inténdenlo al menos. Es la única esperanza de salvar a los rehenes de una muerte cierta, ya sea bajo las balas de sus secuestradores o por la acción de ese virus. Decidan lo que sea, reúnanse todos los componentes del equipo químico que trabajó en el YZ. Vuelvan a estudiar ese virus cultivado en laboratorio, analicen las posibilidades de combatir sus efectos, hagan lo que sea, ¡pero háganlo y pronto! Todo es preferible a darse por vencido en estas circunstancias, señores.

Asintió la doctora Parks sombríamente. Tomó de un brazo a su

colega el doctor Bernstein.

—El presidente tiene razón —admitió—. Tiene que hacerse. Como sea, hay que intentarlo. Siete horas es poco tiempo, pero en equipo podemos intentarlo. Si fracasamos... que Dios se apiade de ellos. De todos ellos.

—No, doctora —rectificó suavemente el primer magistrado de la nación americana—. Que Dios se apiade de todos nosotros.

* * *

—¿Está seguro de lo que ha dicho, profesor Kellerman?

El científico terminó de cubrir el cuerpo del infortunado coronel Webster y miró pensativo a Neil Hickory, el político.

—Sí, señor —dijo con lentitud—. Estoy absolutamente seguro.

Hickory no dijo nada. Miró en torno suyo. Su mirada resbaló paulatinamente desde el propio Kellerman hasta las dos mujeres, Janis Munro y Lorna Lamont; la primera escribía rápidamente con un bolígrafo marrón sobre su bloc de notas, absorta. La segunda retocaba su maltrecho maquillaje, en un rasgo de feminidad y coquetería muy propio de una actriz. Más allá, Frank Bradford charlaba en voz baja con el propio Jusef Ben Sakkar, que asentía lentamente, sin mover un músculo de su moreno rostro enjuto.

Por último estaban los tres terroristas: Mina, con sus insultantes pechos bailoteando agresivos bajo el suéter, el revólver entre su carne y el cinturón de sus tejanos, sucios y deshilachados. Mike Shark, con su gorro de lana roja y negra, hundido hasta las hirsutas cejas, helados los crueles ojos perspicaces. Ante la radio, ahora en silencio, el rubio y musculoso Werner Klauft, el mercenario del terrorismo, intentando encontrar alguna emisora que transmitiera música o algo distraído para romper la tensión.

—De modo que tiene que ser eso —jadeó Hickory sombríamente—. Uno de nosotros tuvo que traer en su persona el virus YZ.

—Exacto, señor Hickory.

—Pero no como una enfermedad contraída... sino llevando encima una dosis de virus YZ en alguna cápsula especial, sin contacto con el aire.

—Sí, así es.

—Y esa misma persona, una vez aquí... liberó el gas vírico,

mezclándolo con el oxígeno. —Eso mismo. El virus es volátil y de una fácil propagación en su medio idóneo, que es el oxígeno. Así hemos comenzado a absorberlo. Ahora, todos llevamos ya el mal en nosotros.

—¿Incluso la persona que liberó el virus aquí?

—Sí, incluso esa persona, naturalmente.

—Entonces... tuvo que ser un accidente.

—Quizá. —Kellerman se encogió de hombros, incómodo—. Pero ¿por qué llevaría alguien consigo una cápsula de un virus absolutamente mortal y sin antídoto?

—Dios, no sé, ¿cómo puedo saberlo yo? —jadeó Hickory, asustado.

—Usted es político, señor. Tiene que ser alguien muy importante quien tenga acceso a los *stocks* de ese virus para apoderarse de una mínima parte de él con motivos descocidos.

—Yo, desde luego, no he sido, profesor. Nunca vi nada de esos *stocks*. Se destruyeron mucho antes de ser yo elegido para mi actual cargo por la administración.

—Aun así, aquí ha traído alguien ese virus, señor Hickory. Y podría jurar que quien hizo tal cosa lo llevó a cabo fría y deliberadamente.

—¿Qué dice? —se alarmó Hickory, parpadeando rápido.

—Que pudo ser un espía, un agente especial, dispuesto a que todos muriésemos antes de que esto siguiera adelante, por la razón que sea.

—Eso no tiene sentido. Si hubiese un espía entre nosotros, yo lo sabría.

—Si fuese un espía a favor de nuestro país, sí lo sabría —sonrió Kellerman astutamente—. Pero ¿y si fuesen un agente enemigo o alguien que practica un doble juego, señor?

Hickory bajó la cabeza, aturdido.

—No puede ser —rechazó—. Nadie se mata a sí mismo sin remedio para matar a otras personas a la vez.

—Un fanático sí lo haría.

—Un fanático... —Miró en torno, pensativo—. O alguien que se sabe inmune. ¿Cree que puede ser uno de «ellos»?

—¿Los terroristas? Lo dudo. Ellos desean dinero. No pueden tener antídoto alguno. Por tanto, se sentenciarían a morir con

nosotros. El único idealista era Lou Garrett. Y está muerto.

—Entonces... tiene que ser uno de nosotros.

—Así es. Vivo o muerto, uno de nosotros, señor. Es lo que siempre he pensado.

—Dios mío...

Neil Hickory permaneció absorto, como anonadado por las trágicas circunstancias.

En ese momento, Mike Shark se aproximó a ellos, ceñudo. Agitó su fusil ametrallador, y todos enmudecieron mirándole, temiendo que en cualquier momento abriera fuego sobre ellos en un arranque de ira.

—Escuchen, y escuchen bien —silabeó—. Ha transcurrido ya una hora sin respuesta de Washington a nuestra petición.

Si dentro de nueve horas no sabemos nada de ese maldito antídoto, vacuna o lo que sea, empezará la danza. Quizá estemos condenados a morir sin remedio por culpa del asqueroso virus, pero nos iremos al otro mundo después de dejar aquí un buen montón de cadáveres, no lo duden.

—Nadie tiene la culpa de lo que sucede, amigo —protestó con energía Janis Munro, dejando de escribir—. Vamos a ser tan víctimas como ustedes. ¿Cree que no estamos deseando que llegue ese antídoto, si es que existe?

—Malditos sean, sé que uno de ustedes debe ser un sucio espía, un agente del Gobierno que tuvo miedo y liberó ese virus precipitadamente. Ahora está tan asustado como los demás, pero ya es tarde, y no se atreve a confesar lo que hizo.

—Si uno de nosotros liberó intencionadamente ese virus, Shark, no lo diría por nada del mundo —sentenció Frank Bradford con un suspiro—. Sabría que iba a ser inmediatamente asesinado por ustedes... o linchado por nosotros mismos.

Shark les miró, pensativo, como si dudara entre darle gusto al gatillo sin más pérdida de tiempo, o seguir esperando, en la casi seguridad absoluta de que en el desesperado plazo de nueve horas que aún restaban para recibir el hipotético remedio contra el mal, otras víctimas podrían unirse a las ya producidas en ambos bandos.

Finalmente, bajó el fusil. Lorna Lamont respiró con alivio. Su mano temblaba, sujetando su borla de maquillaje y su pequeño estuche con espejito. Bradford apretaba las mandíbulas en tensión.

—Malditos sean todos —farfulló Mike Shark, furioso—. Me gustaría saber, en efecto, quién fue el bastardo que liberó esa epidemia... ¡infiernos, no sé si realmente tengo ya un hormigueo en mis manos y pies, o es simplemente la aprensión lo que me hace sentir tal cosa!

—No se preocupe demasiado, Shark —sonrió Bradford irónicamente—. Creo que todos sentimos esa aprensión, que todos notamos dolor de sienes y hormigueo en las extremidades. Es algo que no puede evitarse. Pero alguien, en cualquier momento, lo notará de verdad, eso es lo triste.

Shark encajó sus mandíbulas fieramente, escupió al suelo, pero no dijo nada, echándose el fusil ametrallador al hombro. Luego, señaló los cuerpos envueltos en mantas e informó escueto:

—No estamos en una zona cálida, ya lo habrán notado. De todos modos, esos cadáveres ahí, no nos harán mucho bien a nadie. Dentro de poco empezarán a descomponerse. Creo que es preferible arrojarlos al mar. No lo tenemos lejos de aquí. ¿Alguna objeción a sepultarles en el mar sin pérdida de tiempo, señores?

Nadie dijo nada. Lorna Lamont aventuró tímidamente:

—Tal vez conservar sus pertenencias para entregárselas a sus familiares, cuando esto haya terminado... si llega ese antídoto. ¿Qué le parece?

Shark la miró con frialdad. Se encogió de hombros.

—Me parece bien —dijo bruscamente—. Háganlo.

Se encaminaron a los cadáveres del coronel Webster y de Johan Van Dyke. Janis Munro, decidida, hizo acción de ir a ayudarles. Bradford la tomó suavemente por un brazo. Ella se volvió, y ambos jóvenes, periodista y mercenario, se miraron fijamente a los ojos.

—No, usted no —rechazó él.

—¿Por qué no?

—Es una mujer, por muy audaz que resulte —sonrió Bradford—. Es mejor que se mantenga al margen, señorita Munro.

—Gracias —susurró ella—. No sabía que los mercenarios fuesen caballerosos.

—Ya ve: siempre se equivoca uno con alguien —rió Bradford, inclinándose sobre el coronel para ir buscando en sus bolsillos, mientras Hickory hacía lo mismo en el cadáver de Van Dyke.

Los terroristas no se preocuparon de imitarles con su compañero

Lou. Se limitaron a envolverle en la manta que le cubría, y Shark dio la orden de que entre Klauff y Mina condujeran al primer cuerpo afuera.

Abrieron una puerta metálica del fondo. Bradford trató de ver algo y lo consiguió, pese a que el fusil ametrallador de Shark les hizo retroceder lejos de esa abertura.

Borrosamente, distinguió un cielo nublado, gaviotas y una franja de mar revuelto. Hubiese jurado que ese mar estaba muy cerca de ellos. El chirrido fuera se hizo más estridente por unos momentos. Le recordaba algo, no sabía el qué. Estuvo seguro de que la breve visión exterior oscilaba, se mecía. Pero tal vez fuese simple impresión suya. Aquel recinto no parecía pertenecer en absoluto a una embarcación. Era muy amplio, muy firme, una obra de metal y ladrillo, con un suelo de cemento. En modo alguno podía pertenecer a una embarcación.

Recogió en un montón todas las cosas del coronel Webster: un reloj de oro, con dedicatoria en la tapa de unos compañeros de promoción militar, una cartera con fotografías de amigos y de una mujer en cartulina algo marfileña por el tiempo. Una pluma estilográfica, una agenda, monedas, billetes de banco, un alfiler de corbata con el emblema de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, un anillo de oro con la inscripción grabada

«A. C. W.

de S.

M. 4-1'

954», y finalmente un llavero con la bandera norteamericana y una media docena de llaves. Eso era todo.

Lo reunió en un pañuelo del propio coronel, con sus iniciales C. W. bordadas, y lo entregó a Hickory que, a su vez, mostraba en su mano billetes, llaves, un bolígrafo y un bloc de notas, un reloj y una pulsera de identificación, una cruz en plata con cadena para el cuello, una billetera con tarjetas de crédito y unas gafas de sol. Era cuanto había hallado sobre el difunto Johan Van Dyke. También lo envolvió en un pañuelo, y ambos envoltorios quedaron en poder del político.

—Haré que lleguen a sus familias, si es posible —declaró sordamente—. Si algo me sucede, unan estas cosas a las mías. Van Dyke era viudo, pero creo que tiene hijos y sobrinos. Webster no

tenía a nadie, salvo un pariente algo lejano, que yo sepa. En cuanto a mí, ya lo saben: tengo esposa e hijos. Me gustaría que ellos recibieran mis cosas, si he de quedarme aquí para siempre, amigos míos.

Mina y Klauft regresaron del exterior. Esta vez, Bradford no llegó a vislumbrar nada. Ya habían cerrado la puerta metálica cuando giró la cabeza.

—Va a haber temporal —anunció Mina.

—Lo que nos faltaba —rezongó Shark.

Se encaminaron ahora a por los dos viajeros muertos. Bradford se ofreció rápido:

—Yo puedo ayudarle a cargar con ellos y arrojarlos al mar, Klauft...

—No —cortó el alemán—. Mike no quiere que vean el exterior. Es mejor así. Este refugio debe permanecer ignorado por todos hasta tener el antídoto y los cien millones, ¿está claro eso? Si les veo mirar de nuevo hacia la salida, Mike les hará pasar un mal rato; están advertidos.

Bradford no contestó. Pero todos se abstuvieron de mirar a la puerta cuando los cuerpos de Webster y de Van Dyke desaparecían por allí de uno en uno. El fusil ametrallador de Shark estaba fijo en ellos en todo momento.

Finalmente, la amplia sala quedó solamente ocupada por los seres vivos. Mina y Klauft regresaron, asegurando la puerta al entrar. Hickory murmuró en voz alta:

—El señor se apiade de sus almas y les conceda el eterno reposo.

—Amén —susurró Lorna Lamont, persignándose.

Janis se mordió el labio inferior, sin pronunciar palabra. Sus ojos se cruzaron con los de Bradford. Ambos jóvenes se miraron en silencio, largamente.

Mina miró a uno y a otro, con una mueca desdeñosa. Se estiró el suéter sobre su torso y los ingentes pechos se bambolearon. Se aproximó a Bradford con lentos pasos, agitando sus caderas.

—Me gustas —le murmuró, cuando llegaba cerca de él—. Pasaría a gusto un rato contigo, muchacho. Pero Klauft nos haría trizas a los dos. Es muy celoso ese bruto rubio. No le gusta compartir lo suyo con nadie.

—Si yo tuviera el antídoto ahora, él te cambiaría a ti por una

dosis, estoy seguro —rió Bradford, irónico.

—Quizá. Pero no lo tienes —le miró, repentinamente recelosa—. ¿O sí?

—No, claro que no. Estoy esperando tan ansiosamente como todos la llegada de ese remedio, si es que existe.

—¿Existe?

—Sé tanto como tú, aunque no lo creas. Aquí, nadie sabe nada. Pero si el gobierno puede obtenerlo, lo enviará. No quieren ver muerto a ese hombre —señaló a Yusef.

—¿Y a vosotros?

—No creo que importemos demasiado. Los gobernantes no dudan en sacrificar a quien sea para su beneficio. Luego, lo lamentan de modo oficial y asunto terminado. Pero cuando hay alguien tan importante como él, la cosa cambia.

—Me pregunto de qué nos servirán los cien millones en oro si esa enfermedad nos mata, Bradford.

—Todavía queda una esperanza. Si los hombres han sido capaces de crear algo tan monstruoso como el virus YZ, supongo que serán capaces también de producir algo que lo pueda combatir.

—¿Encontraron la forma de neutralizar la bomba atómica? —preguntó ella con escepticismo.

Y se alejó, desdeñosa, con expresión preocupada. Klauff estaba ante la radio. De pronto, por el amplificador surgió una voz conocida, que se dirigía evidentemente a todos ellos:

—«Escuchen, dondequiera que estén —dijo esa voz, firme y serena—. Debo anunciar a quienes esperan nuestro mensaje que es cuestión de pocas horas resolver su situación de modo definitivo. El rescate está a punto, a la espera de instrucciones. En cuanto al antídoto solicitado, está en camino de ser obtenido. En cierto momento de la elaboración del virus YZ, se abandonaron las investigaciones sobre un antídoto efectivo, y esas investigaciones se han reanudado a toda prisa, contra reloj. Puedo anunciarles a todos, en mi calidad de presidente de los Estados Unidos de América, que en el plazo de cinco a seis horas, una dosis de ese antídoto, suficiente para todos, volará hacia el punto de destino que ustedes señalen. Les garantizo que nadie dificultará su recogida ni vigilará en la zona señalada. Repito el mensaje, por si no fue captado en su momento, y seguirá siendo repetido de quince en quince minutos

durante las próximas horas...».

—¡Hurra! —clamó Werner Klauff, incorporándose jubiloso y alzando sus brazos al cielo, con su ametralladora en una de las manos—. ¡Hurra, amigos! ¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados...!

Sus ojos se abrían enormemente, y comenzó a reír, radiante de alegría.

Así le sorprendió la muerte súbita.

Su ametralladora se le disparó brusca y violentamente, llenando de estrépito, humo y proyectiles el recinto. De su garganta brotó un sonido ronco, que ni siquiera era un grito, y se desplomó de bruces sobre la radio, derribándola con su soporte, mientras su rostro convulso se contraía más aún, congestionándose de repente.

La muerte silenciosa se había cobrado ya su cuarta víctima.

CAPÍTULO VI

Frank Bradford abrió los ojos.

Todos dormían alrededor suyo, con la sola excepción de Mina, pálida y fría, erguida al fondo de la sala, con la ametralladora de Werner Klaufft en sus manos, montando la guardia. No lejos de ella, Mike Shark aprovechaba su turno de sueño.

Fuera debía ser de noche. Su reloj marcaba las dos, posiblemente todavía la hora de la costa atlántica americana. Allí no podía saber qué hora sería. Pero en los Estados Unidos, costa Este, era la madrugada.

Otro siniestro bulto aparecía junto al mueble que servía de soporte al aparato de radio. Werner Klaufft dormía su último sueño. Pronto iría al fondo del mar, a hacer compañía a los otros desaparecidos. Ambos bandos estaban empatados a víctimas en aquel trágico juego contra el que nadie podía luchar.

—¿No tiene sueño?

Miró a Lorna Lamont. La joven actriz había alzado su cabeza, susurrando casi las palabras entre dientes. Frank negó con la cabeza.

—No, no lo tengo —confesó—. Me siento muy cansado, pero nada más. Debe ser causa de la tensión...

—Yo tengo miedo, Bradford —confesó la muchacha.

—¿Miedo? ¿Al virus o a ellos?

—A todo. Pero me asusta menos ahora el fusil ametrallador de Shark que la idea de tener en mi sangre ese mal fatídico.

—Tenga fe, señorita Lamont. Ya sabe lo que dijo el presidente.

—¿Cree que era totalmente sincero, o pretendía solamente serenar a esa gente, para evitar algo más brusco e irremediable?

—Puede que sólo fuera eso. Era una medida desesperada, de

acuerdo. Pero también confío en que los científicos trabajan a tope para encontrar algo. Mientras trataba de conciliar el sueño, se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—Quizá sea una simple locura, pero recordé lo que afirma el profesor Kellerman sobre ese virus. Él dice que fue traído aquí por alguien. No existe otro modo de llevarlo encima que una cápsula hermética, rota en determinado momento.

—¿Y...?

—Cuando habló el presidente, no le presté demasiada atención, la verdad. Pero él mencionó algo relativo a unas pruebas de un antídoto, en su momento, pruebas que fueron abandonadas, quizá porque se decidió destruir esa arma bacteriológica y, en tal caso, el antídoto carecía de sentido.

—¿Por qué menciona eso?

—Porque es posible que, del mismo modo que alguien se pudo apoderar de una dosis de virus YZ, hubiese podido también apoderarse de una dosis de antídoto.

—¿Qué quiere decir?

—Que si alguien intencionadamente liberó el virus mortal, por la razón que fuese, es muy posible que ese alguien esté también inmunizado ya contra su acción, y sea la única persona entre nosotros capaz de sobrevivir a un montón de cadáveres.

—Pero ¿por qué haría nadie algo tan espantoso? —Se horrorizó la joven actriz, mirándole asustada.

—No lo sé. Es una idea escalofriante pero posible. Alrededor de Yusef Ben Sakkar hay muchos intereses encontrados. No a todo el mundo le interesa que viva y resuelva los problemas de Asia. De modo que quizá un agente que defiende los intereses de ese determinado sector se haya podido infiltrar en nuestro grupo, con la misión específica de asesinar a Yusef Ben Sakkar sin remedio posible. Eso justificaría el uso del virus YZ, al comprobar que los terroristas no pensaban asesinarle y sólo buscaban su lucro personal al secuestrar el avión. Ese agente liberó el gas vírico, sabiendo que él mismo no puede morir por sus efectos, y esperó a que todos, uno a uno, fuéramos cayendo en torno suyo como moscas.

—Dios mío, es una posibilidad aterradora —jadeó Lorna Lamont—. No puedo imaginar a nadie tan perverso, tan despiadado y cruel

como para sacrificar a once personas, sólo con el propósito de deshacerse de una de ellas en particular, asistiendo impávido a la matanza...

—Pues yo sí, desgraciadamente —sonrió Bradford, pensativo—. Los agentes al servicio de cualquier potencia o interés internacional son gente desprovista de sentimientos y de escrúpulos. Lo importante es su misión, caiga quien caiga.

—De modo que uno de entre nosotros podría estar ahora a salvo de todo peligro.

—Sí, siempre que ese loco criminal de Mike Shark no se líe la manta a la cabeza y nos acribille a todos en una de sus crisis.

—Y esa persona... sería un frío asesino.

—Sí, lo sería. El peor asesino imaginable, señorita Lamont.

—Bradford, llámeme Lorna. No olvide que ahora todos somos amigos, casi hermanos... Pero ¿quién, quién de entre nosotros podría ser culpable? Sólo estamos Kellerman, el señor Hickory, Janis Munro, usted yo... y el propio Yusef Ben Sakkar. No, no creo posible que ninguno de nosotros sea capaz de algo tan abominable.

—Pues es así, Lorna, aunque no nos guste admitirlo. Esos terroristas son ajenos a tal maniobra. Están tan asustados como nosotros, y han perdido a dos de los suyos. No hay duda: es uno de nosotros seis.

—Yo... yo no soy —gimió Lorna Lamont, asustada.

—Ni yo —rió Frank—. Pero lo mismo dirán todos. Cada uno de nosotros es el único que está seguro de su propia inocencia. Los demás no pueden saberlo. Ni lo sabrán... A menos que el antídoto nunca llegue y el penúltimo en morir sepa de verdad QUIEN mató a todos los demás. Aunque en ese momento, ya poco importará saberlo para llevarse la verdad a la tumba.

—Me asusta usted, Bradford...

—Perdone, Lorna. No quise hacerlo. En realidad, me he limitado a exponerle una posibilidad en la que creo firmemente. Uno de nosotros es un asesino. Su identidad y sus motivos siguen siendo un misterio para todos nosotros. Pero ahora está aquí tal vez contemplándonos con toda tranquilidad, sabiendo que él nada va a sufrir, y esperando, esperando como un buitre humano, a que todos vayamos cayendo implacablemente...

—¡Eh, usted, Bradford, cálese! —tronó la voz áspera de Mina.

Se aproximó a ellos, saltando por entre cajas y cuerpos dormidos—. Le estoy oyendo cuchichear desde hace rato. Si Shark hiciera esta guardia, ya le habría obligado a dormir. No me haga sentirme dura.

—Lo siento —suspiró Frank—. No tenía sueño...

—Pues intente conciliarlo —miró con disgusto a Lorna—. Y usted también, encanto. Veo que todas las chicas le gustan, Bradford. Y usted a ellas.

—No era una charla amorosa —rechazó Frank—. Sólo comentábamos la situación, Mina.

—De todos modos, usted duerma —amenazó Mina a Lorna Lamont que, obediente, se dejó caer entre los fardos, para intentar conciliar el sueño. Luego, Mina miró pensativa a Bradford y le invitó con repentina suavidad—: Está bien, si no puede dormir, venga conmigo. Charlaremos. E incluso tomaremos una copa. Pero no intente nada raro. No vacilaré en acribillarle a balazos, ¿está eso claro?

—Como el agua —asintió Frank, desperezándose y siguiendo a la muchacha hasta el rincón inmediato al aparato de radiotransmisión.

Miró de soslayo. Únicamente los ojos de su silencioso jefe, Yusef Ben Sakkar, negrísimos y brillantes, estaban fijos en él desde el punto donde dormitaba el líder árabe.

—Bien, como le gusta hablar con chicas, ya me tiene a mí —le espetó Mina, deteniéndose y situando el fusil ametrallador ligeramente inclinado hacia el suelo, pero firmemente empuñado, como un muro insalvable entre ella y su cautivo—. ¿O no me encuentra lo suficientemente atractiva para su gusto?

—No he dicho eso, Mina. Usted tiene sus encantos, bien lo sabe.

—Pero no soy de su clase, ¿verdad? Sólo ve mis curvas, mi cuerpo...

—No hay ninguna diferencia entre nosotros, muchacha. Usted hace una tarea, yo otra. Ambos buscamos dinero fácil, sin tener ideales ni romanticismos. ¿Qué podría reprocharle yo, que soy solamente un mercenario?

—Pero parece un caballero. Y eso le hace sospechoso.

—¿Sospechoso? ¿En qué sentido?

—Me gustaría poderlo concretar.

—¿Usted sospecha de mí?

—No, yo no. Mike sospecha.

—¿Qué piensa que soy?

—Un agente secreto americano. Quizá el que liberó el virus YZ para matarnos.

—Eso es una locura. Yo nunca haría eso. Y menos para morir con los demás.

—Mike opina que quien liberó el gas vírico, puede no correr peligro alguno.

—Vaya... —Los ojos de Frank brillaron—. ¿El coincide conmigo en eso?

—¿Usted también cree que la persona que liberó el gas está inmunizada?

—Existen un noventa de probabilidades que sea así, Mina. Pero no sería un espía americano, sino alguien que tiene otros amos posiblemente inimaginables. No sólo las grandes potencias están implicadas en el asunto de los países islámicos.

—Mike ha resuelto proceder a un violento interrogatorio cuando amanezca. Está dispuesto a saber quién hizo eso. Y le matará con sus propias manos, antes de que llegue el antídoto. Lo ha jurado.

—No creo que consiga nada. Si la persona que lo hizo tiene la sangre fría y la decisión que yo imagino, soportará todos los interrogatorios, amenazas y torturas. Sabe que del desconocimiento de su identidad real, depende su vida y el éxito de su misión.

—¿Y si el antídoto llegase a tiempo y ése árabe no muriese?

—Entonces, tal vez intentase algo más desesperado, no sé. Ya le dije que soy mercenario, no espía.

—Frank, usted me gusta. Ya se lo dije. Pero antes vivía Klauft. Ahora es diferente.

—Quizá —sonrió Bradford—. Pero usted lleva un arma. No va a fiarse de mí lo suficiente como para que ocurra algo entre nosotros, Mina.

—No, claro que no. Sería una locura por mi parte. Pero ya es hora de despertar a Mike. Es su turno. Mientras él vigila, nosotros podemos descansar... juntos. Hay una cabina ahí detrás, en esa pequeña puerta situada tras la radio. Puede ser para los dos...

—¿Y si dijera que no? —preguntó Frank, inexpresivo.

—Lo pasarías mal. Muy mal. A una mujer no le gusta ser despreciada. Y en esta situación, no olvides que la fuerza está de mi

lado...

—Sólo hacía una pregunta —sonrió Frank, alargando su brazo y pasando su mano, descaradamente, sobre la superficie exuberante y maciza de aquellos gigantescos pechos de mujer. Ella se estremeció, y un brillo excitado asomó a sus ojos oscuros y ardientes—. No pienso despreciarte, Mina...

* * *

Frank Bradford salió por la puerta metálica abotonándose la camisa. La barba de varios días sombreaba su rostro demacrado. Avanzó sin una sonrisa hacia el grupo de cautivos, ya despiertos. De arriba, de las aberturas acristaladas del techo de la sala, llegaba luz diurna, pero no rayos de sol. Hacía algo de frío y el aire olía a salitre.

Mina salió. Sonreía satisfecha, como una gatita complacida, y llevaba de nuevo la metralleta al hombro. Se estiró el suéter sobre los senos, mirando con expresión cálida a la figura del hombre que se alejaba.

—Buenos días —saludó irónicamente Neil Hickory—. ¿Ha pasado una buena noche?

—No muy buena —suspiró Frank—. No tenía sueño.

—Es natural —apuntó con sarcasmo Janis, Munro, que peinaba sus cabellos suavemente dorados—. Había poderosos motivos para no conciliar el sueño, ¿verdad, Bradford?

—No sea malintencionada, señorita Munro. Es cierto que estaba desvelado. Lo demás sucedió más tarde. Y no es asunto suyo.

—¡Oh, claro que no! —Los ojos claros de la bella reportera brillaron, fijos en él—. Los amoríos de un vulgar mercenario y una terrorista con aspecto de fulana, sólo son cosa suya. ¿Creyó que iba a meterme en sus problemas íntimos?

—Entonces, ¿por qué se pica, querida? —terció con ironía Lorna Lamont—. Yo soy mujer como usted y no siento celos de las aventuras amorosas de nuestro compañero Bradford.

—¡Yo no estoy celosa! —Los ojos de Janis centellearon, airadamente, al enfrentarse ambas mujeres—. Sólo faltaría eso... ¡Celos de un patán, pistolero a sueldo de jefes árabes...!

—Pues, querida, tiene todo el aspecto de estarlo... ¡y mucho! —

soltó Lorna la carcajada, con buen humor.

En ese instante, un súbito tableteo de fusil ametrallador, ensordeció sus tímpanos, y les hizo volverse, sobresaltados, hacia el inevitable Mike Shark, más malencarado y agresivo que nunca, fusil en ristre, tras vaciar un rosario de balas contra los vidrios polvorientos de la bóveda, que cayeron, a fragmentos, como peligrosa lluvia sobre el cemento frío del suelo.

—¡Escuchen todos y dejen de parlotear como cotorras! —rugió el terrorista—. ¡Quiero que me oigan y no se pierdan palabra, hatajo de estúpidos! Empiezo a estar harto de todos ustedes, de su maldito virus asesino y de cuanto aquí ha sucedido. Y he decidido iniciar un interrogatorio definitivo. De-fi-ni-ti-vo, ¿entienden? Quiero decir que de ese interrogatorio saldrá el único y verdadero responsable de la existencia del virus YZ en este lugar... ¡o mataré a todos a ráfagas de ametralladora, sin la menor compasión!

El más profundo mutismo acogió sus voces. Fuera, las gaviotas chillaban agriamente. El cielo estaba gris oscuro. El olor a salitre y yodo era más intenso ahora, tras romperse a tiros las claraboyas del techo.

—Están aquí todos ustedes, excepto su piloto, el comandante Paul McCaine, que nos espera, a buen recaudo, en un lugar concreto desde donde nosotros partiremos con los cien millones en avión, si llegamos con vida hasta ese instante. Pero el comandante McCaine no ha estado en ningún momento en este lugar, por lo que sólo ustedes forman parte del grupo de sospechosos. Y uno, UNO SOLO de ustedes, es culpable de habernos traído la muerte aquí, no sé con qué intenciones. Empiezo a creer que, quienquiera que sea esa persona, antes tomó algo para inmunizarse contra el mal y espera tranquilo el fin de su asquerosa matanza. Tiene treinta segundos para confesar quién es. Si pasado ese período de tiempo no ha confesado nadie su culpa, comenzaré el interrogatorio. Pero juro que van a lamentar su silencio más de uno, porque pienso recurrir a todos los medios imaginables para hacer confesar al poseedor de esa dosis mortal de virus. Ahora, empieza la cuenta. Treinta segundos, ya saben...

Se miró su reloj. Un silencio profundo, tenso, dramático, se inició a partir de ese instante en la vasta nave donde se reunían víctimas y verdugos, convertidos a su vez en indiscriminadas

víctimas de otro enemigo más cruel e implacable que ningún otro. Y también menos visible.

Los segundos empezaron a contar con rapidez. Nunca la mitad de un minuto podía resultar tan corta y, a la vez, tan terriblemente larga. En grupo de amedrentados rostros, fijos en el arma automática de Shark, formaba un ramillete de máscaras de terror y angustia. Pero nadie parecía dispuesto a dar un paso adelante y hacer la esperada confesión:

«Yo lo hice. Yo he extendido en el aire el virus YZ.»

—Veinticinco segundos —avisó, sibilante, la voz de Mike Shark.

Y el cerrojo de su fusil ametrallador sonó agriamente en el silencio. Los últimos cinco segundos se desgranaron rápidos, casi centelleantes.

—Bien —jadeó Shark—. Va a terminar la cuenta. Empezaré el interrogatorio. Lo lamento por ustedes. No va a ser agradable, se lo aseguro. Empezaré con las mujeres.

Igual que en los naufragios. Resulta justo, ¿no? Por ser mujeres, no van a apuntarse sólo a lo cómodo.

Lorna Lamont y Janis Munro cambiaron una mirada angustiosa. Bradford tragó saliva y dio un paso adelante. Mina enarcó sus cejas, contemplándole sorprendida, como temiendo que fuera a confesar ser el culpable.

—Me ofrezco voluntario, Shark —dijo el mercenario—. Yo iré primero en lugar de ellas.

—Petición denegada —cortó Shark con tono acerado—. Vamos, avancen las dos chicas. Quiero terminar con esto cuanto antes.

Frank miró a las dos muchachas. Tanto la reportera como la actriz parecían resignadas a su suerte. Dieron unos pasos hacia su verdugo.

—No vamos a pedirle piedad. Yo, al menos, no —dijo Lorna con admirable serenidad, desafiando con sus bellos ojos al hombre que iba a torturarla momentos más tarde—. Puede empezar cuando quiera, maldito rufián.

Shark las miró aviesamente, apretando con energía los labios. Un desafío cruel animó su malévola mirada.

—Dentro de poco cambiarás de idea, preciosa —manifestó con expresión sarcástica—. Eso te lo puedo asegurar...

—¡Espere, Shark! —gritó roncamente Frank Bradford—. Mire

eso... Creo que es otra víctima...

Mike Shark giró con rapidez la cabeza, clavando la mirada alarmada en el personaje que, de pronto, empezaba a tambalearse, como dominada por una súbita inseguridad, mientras el rostro comenzaba a adquirir una extraña tonalidad púrpura.

Un gemido ronco escapó de labios de la nueva víctima, que llevó sus manos al cuello, forcejeando con algo invisible, como si un dogal de hierro presionara su garganta y él pretendiera arrancarlo de allí.

Cayó de rodillas. Su gemido se tornó en grito exasperado de agonía cuando se desplomó pesadamente a los pies de Bradford.

Un profundo silencio se extendió por la amplia nave. Bradford tragó saliva. Se inclinó, tocando el cuello y el corazón del caído, en busca de algún signo de vida. Se incorporó, en medio de un tenso silencio y jadeó con voz rota:

—No hay nada a hacer. Está muerto... El profesor Kellerman también ha caído víctima del virus YZ.

Mike Shark tragó saliva, muy pálido, sin saber qué hacer. Por si esta dramática situación no fuese suficiente, una de las mujeres lanzó un grito agudo.

Y esta vez fue una de las cautivas quien, tambaleante, miró a todos con vivo horror, mientras manchas púrpura asomaban a su rostro, antes de caer, no lejos del cadáver de Dave Kellerman.

—¡Dios mío, no! —sollozó, aterrada, Lorna Lamont, cubriéndose el rostro con las manos crispadas—. ¡También Janis Munro! ¡Estamos cayendo todos! ¡Absolutamente todos, sin remedio...!

Janis Munro permanecía inerte junto al cuerpo de Kellerman. Un silencio mortal parecía enroscarse como algo vivo y frío en torno a cada uno de los presentes.

CAPÍTULO VII

—Ya sólo quedamos siete con vida... —murmuró Mina, trémula, apoyándose en su metralleta con gesto ensombrecido.

—No exactamente —suspiró Frank, acercándose a ella—. Janis Munro aún no ha muerto, por fortuna. Padece el mal, eso es seguro. Pero por alguna causa que ignoramos todos, no ha llegado a presentarse en forma de crisis mortal, contra lo que pensamos en el primer momento.

—Pero está grave. ¿No?

—Sí, muy grave —admitió Frank, ceñudo.

—Y morirá si no le aplican el antídoto, ¿no es cierto?

—No somos médico ninguno, pero es lo más probable. La fiebre es muy alta, respira con dificultades, y hay indicios de alteraciones cardíacas. Hickory piensa que el virus resulta un poco menos eficaz en una mujer joven, y las resistencias de ésta pueden hacer frente durante un tiempo a la crisis fatal. Pero es sólo una suposición sin fundamento. Lo importante es que sigue con vida, aunque en estado grave. Los antibióticos y analgésicos que le han sido administrados no parecen demasiado eficaces.

—Dios mío, todo está ocurriendo más deprisa de lo que imaginaba —se lamentó Mina, aferrándose a un brazo de Frank Bradford—. Ese antídoto, aunque se consiga al fin, no llegará a tiempo...

—Es posible que no. Hemos de aceptar los hechos, Mina.

—¡Yo no quiero morir!

—Nadie desea morir realmente —se encogió de hombros Frank—. Pero tenemos que aceptar los hechos tal como son.

—Daria gustosamente ahora todos los millones que puedan corresponderme, a cambio de una dosis de ese antídoto, Frank.

—¿Quién no haría lo mismo cuando sabe que la vida se le escapa sin remedio? —sonrió amargamente Bradford—. El dinero va a servirnos de muy poco una vez muertos. Veo que Shark ni siquiera se preocupa de dar los detalles oportunos para que le envíen los cien millones en oro.

—Antes quiero el antídoto. Luego habrá tiempo de lo demás.

—Sí, es lo lógico —miró a Shark, nervioso frente al emisor de radio, paseando con su temible fusil ametrallador en ristre—. Yo haría lo mismo en su lugar.

—Está furioso, desesperado. No ha abandonado la intención de interrogar brutalmente a cada uno de los supervivientes en busca del culpable de todo esto.

—Me lo temía. —Bradford sacudió la cabeza, pensativo—. ¿Por qué no llegamos mejor a un acuerdo vosotros y yo?

—¿Acuerdo? —Mina le contempló con expresión desconfiada—. ¿En qué sentido?

—Que él renuncie a torturas e interrogatorios bestiales. A cambio de eso, yo colaboraré con vosotros dos.

—¿Qué clase de colaboración podrías prestarnos tú? Estás tan condenado como todos los demás... a menos que seas tú el responsable de todo esto.

—No, no lo soy, ya te lo dije antes. Y no mentía.

—Eso no puedo saberlo yo, Frank.

—No, claro que no —sonrió él, besando la mejilla de la bella terrorista—. Tienes que confiar en mi palabra, como todos. Estamos en el mismo caso. Respecto a mi colaboración, querida, puedo decirte algo: yo trataré de descubrir quién lo hizo, y entregárselo a Shark. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Harías eso aun siendo uno de los tuyos?

—El que hizo esto, no merece compasión, Mina. Ha causado la muerte de personas honradas como Van Dyke, el coronel Webster y el profesor Kellerman, por no contar a Janis Munro, que pertenece más al otro mundo que a éste. Y lo de tus compañeros también ha sido un vil asesinato, después de todo. Ni Klauft ni Garret nos causaron daño físico alguno a nadie. Ellos, sin embargo, están ahora muertos.

—¿Cómo podría descubrirlo, Frank? El portador del virus no iba a sincerarse fácilmente contigo.

—No, claro que no. Pero tengo una idea que desearía poner en práctica. Después de todo, ya solamente quedan tres sospechosos, aparte de mí mismo y de vosotros, Shark y tú. Esos sospechosos son Neil Hickory, Lorna Lamont y el mismísimo Yusef Ben Sakkar.

—¿Incluyes a ése árabe entre los sospechosos? —se sorprendió Mina.

—¿Por qué no? Es uno de nosotros, ¿no es cierto? Tal vez un motivo oculto le haya impulsado a cometer esta matanza, quedándose él al margen de toda sospecha, Mina. Eso sería factible, aunque resulte improbable a mi juicio. Así, tenemos a tres sospechosos sorprendentes: un alto político de la Casa Blanca, una actriz de cine y televisión, y un importante líder islámico, aparte de mí mismo, un mercenario al servicio de un dirigente árabe. Fantástica mescolanza, ¿no? Y, sin embargo, uno de entre esos insólitos seres, es un frío asesino que, por algún motivo que nos escapa, ha sido capaz de desatar una epidemia vírica irremisible.

—¿Cuál es tu idea para encontrar al culpable?

—Eso es asunto mío. Habla con Shark para que nadie sospeche nada, y exponle lo que he dicho. Que me conceda un par de horas e intentaré dar con la clave del asunto a mi modo. Es el pacto que le ofrezco a cambio de evitar violencias a mis compañeros y a mí mismo.

—Está bien. —Mina le contempló, reflexiva—. Creo que no se perdería nada con intentarlo. En dos horas no puede llegar todavía la droga para combatir ese mal. Espera aquí, hablaré con Mike.

Mina se alejó, reuniéndose con Shark. Hablaron entre sí en voz baja. En dos ocasiones, los ojos malignos del terrorista se fijaron en él, recelosos. Movi6 la cabeza negativamente en una ocasi6n. Luego pareció dudar, mientras Mina insistía. Por fin, Bradford respiró aliviado.

Shark había movido afirmativamente la cabeza, murmurando algo entre dientes. Y Mina volvía junto a él.

—De acuerdo —susurró la muchacha de los grandes senos—. Mike accede, con una variante.

—¿Cuál?

—S6lo te concede una hora de tiempo.

—Es muy poco.

—Ya se lo he dicho. Pero insiste en que no habrá ni un minuto

más. Si fracasas, él se ocupará del asunto. A su modo, claro.

—Entiendo —afirmó, mirando a Shark, que le contemplaba, pendiente de su decisión—. Está bien, acepto. Intentaré resolverlo en una hora.

—Suerte, Frank —suspiró Mina, mirándole angustiada.

—Va a hacernos falta a todos —jadeó el mercenario, encaminándose directamente hacia su jefe, Yusef Ben Sakkar.

Se acomodó junto a él. Los oscuros ojos del árabe estaban fijos en su subordinado. Parecía tan inmutable y distante como siempre. Era como si estuviera absolutamente seguro de que él no podía verse afectado jamás por aquella atroz epidemia. O no le afectaba su suerte futura lo más mínimo, y contemplaba la presencia de la muerte con estoicismo increíble.

—Supongo, señor, que usted no es el culpable de todo esto —dijo Frank, sin rodeos.

El árabe le siguió mirando fríamente, casi como si en vez de ser una persona de carne y hueso, constituyera una estatua de bronce oscuro, con piedras negras y fulgurantes como pupilas.

Apenas si se movieron sus labios cuando respondió en perfecto inglés, suave la entonación:

—¿Pretende decirme que soy sospechoso de haber liberado ese virus asesino?

—Sí, señor —afirmó Frank, sereno—. Todos somos sospechosos.

—Debí imaginarlo —suspiró el importante, casi decisivo hombre de los países islámicos—. No me molesta que me hable de ello, Bradford. Mi respuesta es negativa, sin embargo. No, no soy culpable. No sé nada de ningún virus. ¿Le basta eso?

—En buena lógica, no puede bastarme, señor. Pero quiero creer en su palabra.

—Juro que es verdad, Bradford —alzó una mano, solemne—. Por el Islam.

Frank asintió lentamente, sin pestañear. Contemplaba a aquella esfinge humana con curiosidad y admiración.

—Le creí antes, señor. Con más motivo ahora —declaró—. Supongo que esta pregunta me hará poco deseable a su lado en el futuro, señor, si salimos vivos de aquí.

—¿Por qué motivo? —El árabe se encogió de hombros—. Usted ha sido sincero, Bradford. Me ha preguntado sin ambages lo que

deseaba saber. Lo crea o no, es ya asunto suyo. Comprendo sus motivos. Yo también desearía saber quién me condenó a morir así, estúpidamente. No tiene sentido, a menos que el culpable tenga un motivo poderoso y nada fácil de imaginar, para causar la muerte de todos en este encierro...

—Ese motivo podría ser usted, señor.

—¿Yo? —Yusef Sakkar se encogió de hombros, dubitativo—. Lo dudo mucho. Mi vida puede valer mucho para alguien y nada para otros. Pero con matarme les bastaría. No es preciso causar una matanza para ello, a menos que eso forme parte de la coartada del criminal, para que la gente dude de sus motivos reales... Cosa que, si en realidad desean eliminarme de este mundo, carecería de sentido por completo, amigo Bradford.

—Coartada... —repitió de pronto Frank, con extraña entonación.

—Sí, eso dije —el personaje islámico entornó sus ojos meditativamente, como si estuviese inmerso en sus oraciones—. ¿Por qué le extraña?

—No sé... ha sido una idea repentina... Algo tal vez fantástico y horrible a la vez, señor...

Y Frank Bradford, profundamente pensativo, surcado su rostro por arrugas de honda preocupación, se apartó del árabe, para ir en busca de sus demás compañeros supervivientes, que rodeaban a la agonizante Janis Munro, en otro rincón de la sala.

Iba a seguir haciendo preguntas a los demás. Sólo que ahora sería otra su intención, porque un comentario casual de su jefe le había mostrado de repente, con cegadora nitidez, una espantosa y terrible posibilidad no imaginada hasta ahora.

* * *

Lo habían logrado.

El antídoto estaba allí, ante ellos.

—Cielos, es como un milagro —susurró el presidente de los Estados Unidos, contemplando aquellas ampollas conteniendo un líquido blanquecino—. ¿Están totalmente seguros de los resultados?

—Por completo, señor presidente —afirmó la doctora Parks, moviendo la cabeza afirmativamente—. Resultará.

—¿Tienen que aplicarse más de una dosis cada uno?

—No. Una es suficiente para detener la infección vírica y destruir los virus, reforzando los contracuerpos. Pero sólo si se inyecta a tiempo. Hemos conseguido hasta una veintena de ampollas por el momento. En los laboratorios están confeccionando más por si fueran necesarias en el área afectada.

—Muy bien. De momento, sobraré con esa veintena. Embalen todas cuidadosamente, por si alguna se quebrase en el traslado y puedan disponer de dosis sobradas. Por desgracia, a estas horas debe haber más bajas, si los cálculos médicos son acertados.

—Todo está a punto para el traslado en avión al lugar indicado por los secuestradores, señor —terció el vicepresidente de los Estados Unidos con rapidez.

—Entonces, adelante, no pierdan un solo instante más. Varias vidas dependen de nuestra rapidez en situar en el punto señalado estas dosis de antídoto.

Asintieron los demás. La gran operación de llevar la salvación a los condenados en alguna parte del Atlántico Norte había comenzado.

Ahora, todo dependía de que aún fuera tiempo de evitar lo peor.

* * *

Mike Shark respiró hondo, cerrando luego la radio, tras confirmar la posición exacta en que el avión debía arrojar la balsa neumática de color naranja, fácilmente visible a distancia, con las dosis del antídoto dentro, bien acondicionadas para evitar fallos desastrosos. Los últimos boletines hablaban de mar rizada con tendencia a convertirse en gruesa marejada en el espacio de pocas horas. Eso no hacía sino dificultar las circunstancias del dramático momento que vivían.

Shark avisó de que en una próxima llamada, a efectuar en las siguientes diez horas, concretaría el lugar para depositar los Estados Unidos el oro por valor de cien millones de dólares. Ahora, el suero o droga antiviral era lo primordial.

El terrorista consultó el reloj, mordiéndose el labio inferior con impaciencia.

—Hay que preparar la canoa a motor —silabeó, dirigiéndose a Mina, su compañera—. Tú irás a por las dosis de suero salvador,

Mina.

—¿Yo? —vaciló ella—. ¿Por qué yo, Mike?

—Porque yo lo ordeno, y todavía mando en todo esto —fue la áspera réplica—. Por otro lado, yo soy necesario aquí. Esa gente podría sorprenderte y tratar de huir de este lugar al menor error tuyo.

—No cometo errores —protestó ella, airada.

—Ya lo sé. Pero me gusta demasiado ese tipo, el mercenario. Podrías perder tu eficacia por su culpa, y no quiero correr riesgos. Conducir la canoa, recoger el suero y regresar, no será ningún problema.

—Si hay mala mar, puede serlo.

—Pues tendrás que hacerlo, te guste o no. Además, tienes una magnífica oportunidad de ser la primera en inyectarte la dosis salvadora. Vienen dispuestas en ampolla especiales de plástico, irrompibles, provistas de aguja hipodérmica. Los tipos de la Casa Blanca hacen muy bien esas cosas cuando quieren.

—Está bien —admitió de mala gana Mina, solamente ilusionada por sentir cuanto antes correr por sus venas el suero salvador que la protegiera del virus YZ—. Iré, Mike.

—Ese tipo ha consumido ya su hora de tiempo —farfulló roncamente Shark, consultando su reloj de nuevo—. ¡Eh, Bradford, venga acá! Dígame si obtuvo algo concreto de una maldita vez.

Frank se aproximó a él, con expresión ceñuda, profundamente pensativo. Sacudió la cabeza, con aire de duda.

—No sé —murmuró—. No puedo estar seguro. Es solamente una posibilidad, pero no soy capaz de aventurar una explicación concreta todavía. Necesitaría preguntar algo a Washington, antes de afirmar nada, Shark.

—No preguntará nada a nadie ni utilizará esa radio para nada —gruñó Shark, furioso—. Estamos hablando demasiadas veces, y pueden haber localizado nuestra posición exacta. Le di una hora. Dígame lo que sepa... o va a ser usted quien inicie el interrogatorio. Y ya sabe a lo que me refiero: le voy a sacar las cosas a mi modo, que no tiene nada de agradable.

—Lo siento, Shark —suspiró Frank Bradford—. No puedo decirle nada. Sería demasiado temerario por mi parte acusar a un inocente. He hecho unas cuantas preguntas a los demás, incluida la propia

enferma, que me ha contestado cómo ha podido, dada su elevada fiebre y su estado crítico. Me he hecho una cierta idea, pero es demasiado peligroso suponer que esté en lo cierto. No, no hablaré aún. Déme un poco de tiempo.

—Su tiempo se acabó —repuso el terrorista, con tono contundente, alzando su fusil ametrallador y encañonándole—. Va a contestarme ahora con todo cuanto sepa, sin omitir nada.

—No, Shark —rechazó Frank—. No lo haré.

—¡Maldito sea, creo que está jugando conmigo y quiere engañarme! ¡Tal vez usted mismo sea el autor de esta epidemia, y esté interpretando ahora un papel nada más! ¡Va a contestarme, Bradford, si no quiere pasarlo mal! ¡Confiese! ¿Quién cree que ha liberado aquí ese maldito gas asesino?

—No puedo asegurarlo. Por tanto, no diré nada —insistió Frank, calmoso.

El cañón del arma le golpeó brutalmente en el estómago. Se dobló, tosiendo, casi sin aliento, y Shark aprovechó para descargarle otro golpe con el tubo de acero en pleno rostro, haciéndole saltar sangre de un profundo corte junto a su labio. Bradford se tambaleó, a punto de caer.

—¡No, Mike! —clamó Mina, que se disponía a salir del recinto con su arma, en busca de la canoa—. ¡No le hagas eso a Bradford! ¡No tienes derecho a maltratarle!

—¡Cierra tú la boca, maldita zorra! —farfulló Shark, crispado su rostro por la ira y la crueldad—. ¡Bradford, habla o será peor para ti!

—No tengo nada que decir —se mantuvo Frank, contemplándose los dedos goteando sangre, tras tocar su dolorosa herida en la mejilla.

Otro brutal impacto del cañón del fusil ametrallador se produjo esta vez en sus ingles, doblándole y haciéndole caer al suelo con la faz contraída por el intensísimo dolor.

Mina saltó, como una tigresa, interponiéndose entre Mike Shark y su víctima con el arma en alto.

—¡Ya basta, Mike, maldito sádico! —gritó—. ¡No consentiré que hagas más daño a Frank...!

Cometió el peor error imaginable. Llevada de su furia, su índice se había crispado en el gatillo del arma. Shark reaccionó violenta,

implacablemente, contra su propia compinche, llevado por los reflejos de su natural instinto violento.

Apretó sin vacilar el gatillo de su propia arma. Mina, brutalmente golpeada por una ráfaga de balas, emitió un chillido largo, terrible, y su hermoso cuerpo repleto de curvas opulentas se agitó en el aire, con un brinco súbito, empezando a cubrirse con la sangre que escapaba por infinidad de agujeros abiertos en su piel.

Soltó el arma, reculando y recibiendo todavía algunas balas más, que hicieron saltar sangre de sus pechos violentamente. El fusil ametrallador golpeó el cemento, justo al lado de las manos crispadas del horrorizado Frank Bradford.

El mercenario no dudó. Aferró el arma, pegado al suelo. La alzó y apretó el gatillo en décimas de segundo. Por algo era experto con las armas y en la lucha violenta contra cualquier enemigo. Ésa era, después de todo, su profesión.

Crepitó rabiosamente el arma de la infortunada Mina. Mike Shark, con expresión de inmenso estupor en su rostro, contempló con ojos desorbitados a su matador. Lentamente, sus manos dejaron caer el arma humeante, osciló, intentando cubrir con sus manos los boquetes abiertos en su vientre, pecho y piernas, y terminó por desplomarse sin vida, no lejos de donde lo hiciera un momento antes Mina.

Tras el espantoso estallido de la violencia, una calma profunda y dramática se hizo en el recinto. Mina exhaló un ronco jadeo, allá en tierra. Tambaleante, sangrando por su profundo corte del rostro, sosteniendo en sus manos el fusil ametrallador, Frank Bradford caminó hasta ella, se arrodilló a su lado y contempló el lívido rostro, los ojos dilatados y vidriosos, que le contemplaban ya desde los límites de la eterna oscuridad.

—Mina... —susurró Frank—. ¿Por qué lo hiciste?

—No podía permitir... que esa bestia de... te matase a golpes. Conocí bien... a Mike Shark. Era... era un canalla, un ser sin conciencia... Frank, siento dejarte... pero lo nuestro... no hubiera resultado. Sigo pensando que... somos... diferentes... a pesar de tu oficio... Adiós... Frank. Esto es lo mejor que hice... en mi... vida...

—Mina, muchacha... —La besó los labios que espumeaban sangre, apretó su mano crispada y temblorosa, con una última y enérgica ternura—. Gracias... por todo.

Ya era inútil. Estaba muerta. Pero en su rostro contraído por el dolor final, había la dulce sombra de una sonrisa flotando en sus labios yertos.

Frank se incorporó lentamente. Cambió una larga mirada con Lorna Lamont, con Neil Hickory y con Yusef Ben Sakkar. Todos le contemplaban absortos, como admirados por su acción suicida.

También los ojos, enturbiados por la fiebre, de Janis Munro, le dirigieron una mirada de sorpresa. La periodista yacía entre mantas, junto a algunas cajas vacías, vencida por la fiebre, pero no parecía haber empeorado.

—Lo ha conseguido, Bradford —silabeó Hickory—. Nos liberó de todos ellos... Pero ahora... ¿qué vamos a hacer? Esas dosis de suero están en camino...

—Alguien debe ir a por ellas y confiar en que no muera antes de llegar a la balsa neumática. Utilizaré esa emisora de radio para comunicar lo sucedido al Gobierno, y tratar de concretar el punto en que estamos, para que vuelen hasta aquí mismo... Ante todo, debemos saber dónde estamos realmente.

Caminó hasta la puerta metálica. La abrió, asomándose al exterior. Exhaló un suspiro y se volvió a los demás.

—¡Dios mío! —jadeo—. Es una vieja plataforma en desuso... Sólo eso. Flotamos en el mar, posiblemente no lejos de donde ellos pidieron fuese lanzada la balsa neumática. Hay una canoa a motor atada a la plataforma.

Se acercó a la radio y comenzó a emitir, esperando que los escuchas de la Marina pudieran localizar el punto preciso. A los pocos minutos, recibieron respuesta. Informó de lo ocurrido. Le respondieron que algunos barcos ya estaban en marcha hacia esa zona y que sus emisiones de radio, si no las interrumpía conducirían hasta allí a las unidades navales y, con toda seguridad, al avión especial que conducía el suero contra el virus mortal.

Aliviado, Frank se puso en pie, dejando abierta la emisora, emitiendo sin parar en la misma frecuencia e intensidad solicitada por los escuchas navales. Miró el reloj, pensativo.

—Ahora, a confiar en que antes de que vengan a por nosotros, no ocurra lo peor otra vez...

Se aproximó a los supervivientes. Lorna Lamont alzó la cabeza, dejando de prestar cuidados a Janis Munro.

—Parece que la fiebre remite lentamente —suspiró la actriz—. Es una muchacha muy fuerte. Saldrá de ésta, a lo que se ve. Supongo que, como ocurre con muchas enfermedades peligrosas, la mejor inmunidad contra el propio mal es haberlo sufrido ya anteriormente...

—Sí, es posible que sea así —admitió Bradford, pensativo.

Se inclinó. Janis dormía ahora profundamente, el sudor perlaba su bello rostro y respiraba con lentitud y buen ritmo.

Bradford tomó el bolso de la joven reportera. Lo abrió, ante la mirada de sorpresa de todos los presentes. Extrajo una serie de cosas que revisó con celeridad, dejándolas luego sobre un cajón. Finalmente, contempló el bloc y el bolígrafo marrón de la Munro.

Apartó el primero. Se quedó solamente con el bolígrafo. Escribió algo con él. El trazo era limpio y legible, de vivo color azul. Sin vacilación, desenroscó el objeto, dividiéndolo en dos partes. Sus ojos centellearon al extraer la cápsula de carga de tinta.

Tenía solamente dos milímetros de tinta. El resto era una ampollita plástica vacía. Y terminada en una fina aguja hipodérmica.

—Lo sabía —dijo roncamente—. Estaba casi seguro de ello...

—¿Qué significa eso? —preguntó Neil Hickory, perplejo—. Nunca he visto un depósito de tinta así.

—No es un auténtico depósito de tinta. Sólo lo parece, señores. En realidad, era una dosis de antídoto contra el virus YZ, perfectamente dispuesta para inyectarla en cualquier momento.

—¡Cielos! —Palideció Lorna Lamont, apartándose de la paciente con horror—. No querrá dar a entender que... que ella... es...

—¿La culpable? ¿La persona que vació el gas mortal, el virus que se diluía en el oxígeno, para matar lenta e inexorablemente a cuantos respirasen ese aire tóxico? —afirmó lentamente con la cabeza—. Sí, Lorna. Janis Munro, la bella, joven y famosa periodista, es la auténtica culpable de todo.

* * *

—Janis Munro... Pero ¿por qué?

—Eso aún lo ignoramos, pero estoy seguro de que ha de existir una poderosa razón para hacer lo que hizo, aunque eso no justifique

ni siquiera permita perdonarle su criminal comportamiento. Busquen por ahí, por favor. Estoy seguro de que habrá por alguna parte un bolígrafo abandonado.

Fue Hickory quien lo encontró, bajo unas cajas, pisoteado. Lo alzó, mostrándolo a Bradford.

—¿Es éste?

Frank afirmó, mirándolo.

—Le aconsejo que no lo tenga demasiado tiempo en la mano, aunque ya se habrá volatilizado de ahí hasta el último átomo de gas YZ. Ese bolígrafo negro es el que la vi utilizar cuando acabábamos de llegar a este sitio. Luego, debí fijarme que usaba otro color marrón oscuro, que no era el mismo. Obviamente, en uno llevaba el virus, y lo liberó en su momento. En otro, llevaba una dosis de antídoto, que la permitiría completar su truco.

—¿Qué truco? —se interesó Lorna Lamont.

—Ella se había administrado antes, sin duda, una dosis de antídoto no total, para sufrir también el mal en su persona y, de ese modo, quedar fuera de toda sospecha. Durante el acceso de la crisis, se inyectaría en un momento de descuido nuestro la segunda dosis de antídoto, conservada en ese bolígrafo y mejoraría lentamente, saliendo de la gravedad y de todo peligro, como así ha sido. Jugó fuerte en todo momento, corriendo un auténtico riesgo mortal, para engañarnos a todos. Era parte de su gran coartada. Alguien en este lugar me dio la clave antes: mi jefe, Yusef Ben Sakkar habla poco, pero lo poco que dice es sensato y tiene sentido. Sugirió algo así como una «coartada», y eso me dio la idea. Sí, ¿por qué no pensar que todas nuestras muertes, no eran sino la coartada horrible, monstruosa, de UN SOLO CRIMEN, una muerte única, que era la que ella pretendía?

—¿Qué muerte, Frank? —Se notaba el asombro, la incredulidad, en el rostro de la joven actriz.

—La del coronel Colin Webster.

Todos se volvieron. La voz de Janis Munro había sido fría, clara, precisa. Vieron incorporarse lentamente a la mujer que poco antes dormía profundamente. Les miraba con ojos todavía enrojecidos y turbios por la fiebre. Sus movimientos eran inseguros, vacilantes. Pero una gran firmeza, una dura y fría decisión asomaba a su gesto y al fondo de sus bellas pupilas.

—Janis... —murmuró Lorna Lamont—. ¿Admites, entonces... que has sido tú?

—Según parece, el señor Bradford, metido a detective aficionado, ha dado en el blanco con sus sospechas —sonrió ella con sarcasmo—. No les costará mucho en Washington comprobar que durante la visita de un grupo de corresponsales a los laboratorios especiales de Toxicología Estratégica del Gobierno, se extravió una dosis de gas mortal YZ, y fue imposible dar con ella. También se extravió una dosis de antídoto, pero eso nadie lo advirtió. Yo fui la que se apoderó de ello. Lo había dispuesto todo con mucha habilidad, y no me falló. Ese virus no era detectable en envoltura plástica y su ausencia se notó cuando ya todos habíamos salido de allí. Se nos interrogó en su momento, pero yo tenía dispuesta mi coartada. Un infeliz a sueldo se hizo pasar por el ladrón del virus YZ y confesó el robo... y antes de que pudiera rectificar o confesar que yo le pagaba para representar ese papel, la propia dolencia había acabado con él, porque se lo inyecté en las venas antes de ir a las oficinas federales. Se le enterró, dando el asunto por concluido, y ahí acabó todo, pero veo que no me han servido de mucho mis coartadas. Lamento haber matado a tanta gente. Pensé que nunca descubrirían mi responsabilidad en todo esto.

—Pero ¿por qué mató al coronel? —terció Neil Hickory—. ¿Qué la movió a ello, señorita Munro?

—Viejas y tristes razones —sonrió amargamente ella—. Una mujer llamada Stella Munro, un año 1954.

—Ahora recuerdo —afirmó Frank—. El anillo de oro del coronel Webster: «C. W. de S. M. A *Colin Webster, de Stella Munro*», ¿no es eso?

—Sigue haciéndolo muy bien —asintió Janis Munro con ironía—. ¿Qué más supone, Bradford?

—Imagino un idilio entre ambos. De eso hace ya muchos años, veintiséis...

—Mi edad.

—Sí, ahora voy entendiendo. Nació usted, pero el coronel nunca la reconoció como hija propia...

—Hizo algo peor que eso: abandonó a mi madre y no la quiso ayudar. La dejó morir, porque ella le amenazó con suicidarse si no

la ayudaba a sacarme adelante, y la echó con cajas destempladas, burlándose de ella. Mi madre se suicidó, y de mí cuidaron otras personas caritativas. Mi infancia fue dura y difícil. Todo por culpa de un hombre que poseía medios de fortuna y una brillante carrera militar en el Pentágono. Juré vengar a mi madre. Pero quería vivir, y el único medio era deshacerme de él sin que pareciese un crimen. Entonces planeé todo eso, y procuré coincidir con él en ese vuelo, para liberar el virus en el viaje aéreo. Luego sucedió todo lo del secuestro y cambié mis planes... para terminarlos aquí, en este lugar. Ahora, ya lo saben todo. Lástima que deba sobrevivir al virus. De saberlo, nunca hubiese tomado la segunda dosis de suero. Era mejor morir así que hacerlo más tarde, en una cámara de gas, por asesinato múltiple...

Frank Bradford la contempló sombrío.

—Podríamos concederle la oportunidad honrosa de morir en el mar, fingiendo un accidente, pero no sería justo. Comprendo sus motivos, pero no disculpo su forma de vengarse, haciendo morir a tantos inocentes. No, considero que no tiene perdón. Debe afrontar las consecuencias de su acto. Al menos, es mi opinión. Si los demás prefieren votar algo diferente, me someteré a la mayoría.

—Yo pienso como usted —afirmó Hickory, ceñudo—. No puede disculpársele su comportamiento criminal. Todos podemos morir aún...

—¿Y usted, Lorna, qué opina? —preguntó Bradford, mirando a la joven actriz—. Son dos votos negativos. Usted decide. Si vota a favor de un suicidio piadoso, será preciso que vote también Yusef Ben Sakkar. Y un empate pondría todo muy difícil, debiendo resolverse por otros medios. Decida, Lorna, por favor.

—Lo siento. No me considero capaz de ello. Es todo tan horrible... Ni perdonarla ni acusarla —gimió Lorna—. Me abstengo. No voto nada.

—Bien... —Bradford miró a Janis Munro con fijeza. Ella sonrió, encogiéndose de hombros, indiferente—. ¿Sabe lo que eso significa, señorita Munro?

—Claro que lo sé —afirmó ella—. No tienen que pedir el voto de Ben Sakkar. Nunca podría haber ya empate. Ustedes decidieron. Y creo que tienen razón. Es justo. Afrontaré dignamente aquello que he merecido. Iré a los Estados Unidos. Y moriré con entereza

cuando llegue el momento. Gracias por no votar en ningún sentido, querida Lorna. Es usted demasiado buena con alguien que no merece nada.

Por la radio llegaron sonidos bruscos. También en el exterior se oyó un ronroneo distante.

—¡El avión! —clamó Hickory—. ¡Ya llega el antídoto, Bradford!

—Sí, eso creo —corrió Frank a la puerta de la sala y contempló el mar agitado, en torno a la plataforma petrolífera en desuso—. Ahora, esperemos que pueda ser localizado de algún modo el prisionero, el comandante McCaine, para rescatarlo con vida...

—He encontrado en el bolsillo de Shark un mapa con un islote cercano a los Sargazos, y allí apuntado el nombre de McCaine —informó Hickory—. Creo que no habrá problema para eso. Ahora, esos antídotos son los que hacen falta...

—Yo iré por ellos —dijo solemnemente Yusef Ben Sakkar, incorporándose majestuoso—. Debo hacer algo por los demás, como han hecho todos hasta ahora. Volveré enseguida con ese suero.

—La canoa está amarrada a esta plataforma, señor —informó Bradford—. Espero que no tenga que navegar mucho trecho para recoger la balsa neumática y su precioso contenido...

—Eso importará poco, Bradford, si llegamos a tiempo de salvarnos —sonrió el árabe, saliendo de la amplia nave de la plataforma abandonada.

La espera no se prolongó demasiado, pero fue tensa. En ocasiones, Frank notó hormigueo en sus manos y pies y un fuerte dolor en sus sienes. Cuando Yusef Ben Sakkar apareció con la bolsa de dosis salvadoras en su mano, un suspiro general de alivio acogió su llegada.

Frank y los demás se inyectaron rápidamente la dosis necesaria. Janis Munro les contemplaba en silencio, mientras otros aviones y unidades navales iban aproximándose a la plataforma.

La pesadilla terminaba ya para los rehenes supervivientes de la tragedia. Y empezaba para la persona culpable de tantas muertes inútiles...

Lorna Lamont se sentó junto a Frank, con una sonrisa esperanzada. Se miraron ambos. El parecía pensativo, distante.

—¿Piensa en la chica, en Mina? —preguntó Lorna.

—Sí, pensaba en ella —asintió Bradford.

—¿Estaba enamorado de ella?

—No; creo que no. Era sólo simple atracción física. Pero fue una buena chica llegado el momento. Por eso pensaba en su muerte. Y en la forma en que me salvó...

—Yo también le hubiera salvado, Frank, de haber estado en mi mano hacerlo.

—¿Usted? —Miró a la joven con una sonrisa de sorpresa—. Eso es muy halagador, Lorna.

—Le digo la verdad. Shark tuvo razón. Usted gusta a las chicas. Y mucho.

—No debería ser así. Los hombres como yo no merecen que las chicas se fijen en ellos. Resulta tan difícil tener alguna vez un hogar, una familia...

—¿Piensa seguir siendo un mercenario toda su vida?

—Pensaba serlo mientras tuviese facultades para ello.

—¿Y ya no lo piensa?

—He tenido mucho tiempo para meditar ciertas cosas en estas horribles horas de cautiverio, tensión y peligros. Creo que éste será mi último servicio. Me despediré de Yusef Ben Sakkar cuando esté en su país y a salvo.

—¿Y qué hará entonces?

—No lo sé. Tengo algún dinero. Éste es un trabajo duro pero bien pagado, ¿sabe? Tal vez ponga un negocio o cosa parecida... si no encuentro otro trabajo mejor para mí.

—Lo encontrará, estoy segura —sonrió Lorna Lamont, apoyando una mano en la rodilla de Frank—. Si decide hacer lo que dice, ¿por qué no va a Nueva York y me visita en el teatro donde debuto dentro de tres semanas? Es en Broadway. Estaré esperándole cada noche.

—Tal vez vaya por allí. ¿Podrá recibirme? Usted es famosa, adorada por todos... Y esto, entonces, le parecerá solamente un mal sueño. Habrá vuelto a su mundo, a su vida. Yo sólo seré un recuerdo entre tantos otros de esta pesadilla.

—No, Frank. Usted nunca será un recuerdo más, lo sé. Vaya por el teatro, se lo ruego.

Le daré mi tarjeta con algo escrito. Nadie podrá interceptarle el paso cuando la presente. Yo estaré esperándole. Y charlaremos, mientras recorremos la ciudad de madrugada. Es posible que de eso

resulte algo distinto para los dos, Frank.

—Está bien —suspiró él—. Iré a verla. Déme esa tarjeta. No voy a faltar.

—El corazón me dice que será así —sonrió la joven, radiante—. Recuerde, Frank: estaré esperándole. Toda mi vida, si es preciso.

Frank Bradford la miró. Los ojos de Lorna Lamont aparecían ahora húmedos y emocionados.

—No tendrá que esperar tanto —prometió él con sencillez.

Y Lorna supo que decía la verdad...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.